

Silverio Domínguez

**Inverosimilitudes  
bacteriológicas**  
o Revelaciones microbianas

Estudio preliminar de Michel Nieva

**COLECCIÓN LOS RAROS**  
Biblioteca Nacional





## **COLECCIÓN LOS RAROS**

Biblioteca Nacional

*La colección Los Raros se propone interrogar los libros clásicos argentinos que han corrido la suerte de la lenta omisión que trae el tiempo y el olvido de los hombres. Ser clásico es lo contrario que ser raro, es su espejo invertido, su destino dado vuelta. Toda política editorial en el espacio público busca volver lo raro a lo clásico y hacer que lo raro no se pierda ni se abandone en la memoria atenta del presente.*



# **Inverosimilitudes bacteriológicas**

**o Revelaciones microbianas**

Silverio Domínguez

Estudio preliminar de Michel Nieva



**COLECCIÓN LOS RAROS N° 53**

## **COLECCIÓN LOS RAROS**

Domínguez, Silverio

Inverosimilitudes bacteriológicas o Revelaciones microbianas / Silverio Domínguez.- 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Biblioteca Nacional, 2022.

128 p. ; 21 x 13 cm. - (Los Raros / 53)

ISBN 978-987-728-141-5

1. Bacteriología. I. Título.  
CDD 025.8

Biblioteca Nacional Mariano Moreno

**Dirección:** Juan Sasturain

**Subdirección:** Elsa Rapetti

**Coordinación de Publicaciones:** Sebastián Scolnik

**Producción y diseño editorial:** Ediciones BN

Ilustraciones de Joaquín Vaamonde Cornide, Manuel Mayol Rubio y Pablo Manzano Arellano, incluidas en la edición original.

© **2022, Biblioteca Nacional**

Agüero 2502 - C1425EID

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

[www.bn.gov.ar](http://www.bn.gov.ar)

ISBN 978-987-728-141-5

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

## ÍNDICE

*Estudio preliminar*

**Vida y obra de Silverio Domínguez,  
creador de la ciencia ficción bacteriológica**

por Michel Nieva. . . . . 9

**Inverosimilitudes bacteriológicas**

**o Revelaciones microbianas**

Silverio Domínguez . . . . . 27



Dedicatoria.

Al Doctor D. Luis Guzmán  
Mi amigo: Estoy cansado de  
escribir libros y cartas apolíticas  
por falta de lectores, lo que  
prueba sencillamente que carezco  
de mérito y que he perdido  
la pena de su pecado original por  
culpa de mi estúpido medio, pero  
como ahora no puedo ni pensar  
resignarme a que este se apodere  
de forzoso me es el recurrir a uno  
de tantos escritores permitidos en el  
chapas de literaturo, vincular  
mi humilde nombre con el de uno  
tan respetado y conocido, así me  
guardado en él, largar el anillo  
y esperar la gracia

Silvestre Domínguez

Primer Cero  
Julio de 1893





*Estudio preliminar*  
**Vida y obra de Silverio Domínguez,**  
**creador de la *ciencia ficción bacteriológica***  
por Michel Nieva

## **Acerca del autor**

Si alguna vez se dijo que un escritor o escritora inventa a sus precursores, también es cierto que hay fenómenos de magnitud planetaria, como la pandemia de Covid-19, que sacuden las placas geológicas de una tradición, reinventan sus temporalidades y reconfiguran cánones y jerarquías en busca de materiales anacrónicos, olvidados, que, por brindar archivo a urgencias del presente, adquieren una actualidad notable. Este es el caso en las letras argentinas de la obra de Silverio Domínguez, médico bacteriólogo y autor hoy en día incunable, de quien ni siquiera se guarda la fecha de su muerte (solo se sabe que publicó su último texto en 1922) y cuyas precursoras novelas de microbios y bacterias parlantes, que relatan sus peripecias para contagiar intestinos y pulmones a través de toses, manos mal lavadas y todo tipo de conductos y superficies, reactivan un núcleo de afectos e imágenes que interpelan directamente la experiencia pandémica.

Escasas son las fuentes que testimonian su vida: los dos libros autobiográficos que escribió mientras vivía en Argentina (*Recuerdos de la niñez*, de 1880, y *Recuerdos de Buenos Aires*, de 1888) y algunas entradas austeras en diccionarios o enciclopedias sobre médicos que florecieron en Argentina o nacieron en España.<sup>1</sup> Se sabe que nació en 1852 en Soto en Cameros, una pequeña localidad en el norte de España, siendo el cuarto de nueve hermanos de una humilde familia; que estudió Medicina y Cirugía, con

<sup>1</sup> Fontenla Facal (1921); De Santillán (1957, p. 91); AA. VV. (1958, p. 1851); Cutolo (1969, pp. 586-587); Benito Argaiz et ál. (1995, pp. 162-164); Calvo Torre y Redondo Moreno (2005).

especialidad en Bacteriología, en la Universidad de Valladolid; y que en 1874, por la falta de trabajo en su país y el rumor de que en Buenos Aires escaseaban médicos y se remuneraba muy bien su trabajo, migró a la Argentina. “Soy joven y aspiro a crearme un nombre y una posición, lo que jamás conseguiría en mi amada patria; por desgracia, mi profesión está en un estado de postración que, por más que luche con mi suerte, jamás veré el logro de mis deseos. Es preciso atravesar el Océano”, declararía más adelante sobre los motivos de su migración (Domínguez, 1880, p. 35).

Sin embargo, al llegar, se enteró de que una normativa imponía prohibitivas recargas impositivas para revalidar títulos internacionales en Buenos Aires. Con el fin de promover la migración de médicos extranjeros al interior, donde el cuidado de la salud lo ejercían boticarios y curanderos, esta ley establecía que “los médicos extranjeros que no hubieran realizado la reválida podían ejercer la profesión, por un tiempo limitado, en aquellos parajes donde no hubiere médicos recibidos” (Vallejo y Dahhur, 2021, p. 17). Sin dinero para pagar la reválida, Domínguez no encontró otra alternativa que abandonar la capital. Un poco por azar, fue a parar a Arrecifes, localidad de la provincia de Buenos Aires donde viviría ocho años.

En *Apuntes de un médico de campaña* (un catálogo de patologías, tratamientos y consejos para ejercer la profesión en pueblos rurales que publicó por entregas en la *Revista Médico-Quirúrgica*), el autor narra las complicaciones para ejercer su profesión en Arrecifes y pueblos aledaños, ya que la fuerte influencia en la región de la curandería disuadía la confianza en las prácticas médicas occidentales. La gente curaba sus males con tratamientos caseros a base de plantas locales o bien dependía de “curanderos o adivinos” (Domínguez, 1881, p. 279) que combinaban esos preparados con rituales religiosos.

De estas primeras experiencias irrumpió una de las que serían sus grandes preocupaciones intelectuales: cómo divulgar a las grandes masas la importancia de la ciencia médica, que más tarde ensayaría a través de la ficción.

Desde Arrecifes publicó sus primeros y heterogéneos textos, que abarcan investigaciones sobre enfermedades infecciosas (en la prestigiosa revista del *Círculo Médico Argentino*, de la que era corresponsal), diatribas contra la curandería (“Carta del Dr. Domínguez”, *Revista Médico-Quirúrgica*, 8 de mayo de 1881), un método para enyesar huesos rotos (*Aparatos de zinc laminado para el tratamiento de las fracturas*) y un folleto en contra de los efectos nocivos de la ludopatía (*Perfiles de una llaga social*).

En 1882 se radicó en Buenos Aires, donde comenzaría una carrera meteórica y precursora como bacteriólogo especializado en tuberculosis. Fue uno de los primeros profesores de Bacteriología de la Universidad de Buenos Aires y, junto al médico Telémaco Susini, fundó en 1886 el Laboratorio Bacteriológico de Asistencia Pública. También fue miembro fundador en 1891 de la Asociación Médica Argentina y jefe del Cuerpo Médico Escolar de la provincia de Buenos Aires (Calvo Torre y Redondo Moreno, 2005, p. 127). De esta época data una intensa correspondencia con Jaime Ferrán, médico catalán que había inventado la primera vacuna contra el cólera, cuyas investigaciones después difundiría en conferencias y clases (como “Inoculación anticólera del Dr. Ferrán”, de 1885).

En Buenos Aires publicó sus primeros libros de ambición, en sus propias palabras, “seudoliteraria”: *Palomas y gavilanes* (1886), *Perfiles y medallones* (1887) —ambos publicados bajo el seudónimo Ceferino de la Calle— y *Recuerdos de Buenos Aires. Pasatiempo seudoliterario* (1888), en los que mezcla sus propias memorias con retratos de obreros, vendedores callejeros, compadritos, maleantes, entre otros personajes típicos de los barrios populares. Si bien completamente olvidados, estos textos han sido revalorizados por publicaciones ulteriores, que los destacan entre los primeros en registrar testimonio sobre la vida en los conventillos (Ramos, 1999).

Durante aquellos años, Domínguez también dio a la imprenta sus dos trabajos científicos más influyentes y relevantes: *Apuntes*

*de bacteriología para el uso de los alumnos de Anatomía Patológica*, en 1887, que sería leído por estudiantes de Medicina de la Universidad de Buenos Aires durante décadas; y *Estraña* (sic) *evolución del bacilo coma*, de 1889, ensayo pionero en idioma español sobre el origen bacterial del cólera, traducido a varios idiomas, que le merecería el Premio de la Real e Imperial Academia de Medicina de Berlín. En este último se vislumbra por primera vez uno de los tópicos recurrentes en sus posteriores novelas de ciencia ficción: que el mundo bacterial se estructura como un lenguaje. Allí, Domínguez señala que estos “organismos encorvados” fueron bautizados “Coma” por Koch debido a su “asombrosa similitud” con el signo de puntuación (1889, p. 90).

Si hay, entonces, sugiere Domínguez, una homología secreta entre bacterias y grafemas, ¿cómo acceder a la clave que descifra ese lenguaje bacterial?

Esa es la pregunta que intentará responder en su gran trilogía de novelas: *Inverosimilitudes bacteriológicas* (1894), *La tuberculosis o Confidencias microbianas* (1894) y *El auditor microbiano o Indiscreciones bacteriológicas del doctor Camamington* (1900). En cada una de ellas, un dispositivo técnico facilita el acceso al lenguaje microbiano. En las dos primeras, uno existente: el microscopio, mientras que la última trata, justamente, acerca de la historia de un asombroso invento: el auditor, un “delicado instrumento, en extremo (sic) complicado y curioso” que permite “oír a los microbios” (1900, p. 51).

Recordemos que Silverio Domínguez había vivido en Arrecifes y conocía por experiencia propia la reticencia fuera de las ciudades contra la medicina. Si las personas ni siquiera confiaban en un médico, menos iban a aceptar la existencia de un ámbito de seres imperceptibles e infinitamente pequeños, que encima eran los responsables de las más peligrosas enfermedades que azotaban al país. Y para Domínguez, la divulgación de la bacteriología y sus prácticas higiénicas en un lenguaje asequible era una tarea urgente y prioritaria, ya que, a partir de 1852, cada

año explotaban epidemias de fiebre amarilla y viruela, además de brotes endémicos de tuberculosis, todos con altas tasas de contagio y mortalidad.

En ese contexto, en 1864, Louis Pasteur descubría la existencia de las bacterias, una forma de vida completamente desconocida hasta ese entonces, cuyo hallazgo revolucionó no solo la ciencia médica, sino que dejó huellas indelebles en la política y la cultura.

La higiene, como afirma Diego Armus, se transformó a fines de siglo XIX en una “forma de ejercitación del poder” (2007, p. 31), y las prácticas asépticas, inmunológicas y desinfectantes que trazaban la frontera entre lo sano y lo enfermo, lo normal y lo patológico, marcarían todos los ámbitos de la sociedad. Las prácticas profilácticas que prescribían folletos como las “Instrucciones para prevenir la tuberculosis”, de 1894, que se distribuían gratuitamente en escuelas y hospitales y que otras publicaciones masivas reproducían, arengaban a entablar una “guerra” contra las bacterias (Lozano, 1917, p. 435). La revista *La Semana Médica*, de 1905, instaba a “reeducar a los usuarios” para que desinfectaran objetos de permanente contacto, como el dinero y los libros, especialmente si estos provenían de bibliotecas públicas, así como a “mantener prudentes distancias en las conversaciones”, “llevarse un pañuelo a la boca al momento de toser” y “no escupir sin preocuparse dónde sino hacerlo en las salvaderas personales” (Armus, 2007, p. 228). Hasta la práctica de compartir el mate era desaconsejada en estas publicaciones por “primitiva y peligrosa [...] aun cuando se trate de personas amigas”, ya que es un “seguro vehículo de contagio” (2007, p. 228).

La obsesión por velar la frontera del cuerpo individual de las amenazas externas brindaría fértiles metáforas a la política y, en un contexto de exterminio de comunidades indígenas y de discursos antiinmigratorios, el territorio y la identidad nacional serían traducidos al lenguaje inmunológico del cuerpo que debe ser defendido de patógenos que es preciso excluir y exterminar.

En esa coyuntura es que Silverio Domínguez publicó sus novelas, con el propósito de que el gran público comprendiera qué eran las bacterias, de qué manera transmitían enfermedades y cómo prevenirlas, al mismo tiempo traficando en esta pedagogía un laboratorio de imágenes e imaginarios marcados por los sueños de exterminio higienistas. Si las vanguardias, algunas décadas después, formularían la reunión del arte y la vida como la máxima aspiración de la práctica poética, Domínguez cultivó precursoramente esa receta al traficar el microscópico mundo de lo viviente en un vocabulario menos privativo que el de la ciencia, con las herramientas y procedimientos de la literatura popular.

### **Acerca de esta novela**

*Inverosimilitudes bacteriológicas*, de 1894, es la historia de un científico que emprende en su laboratorio la búsqueda de la “causa del delito” (p. 33)<sup>2</sup> que produce la fiebre tifoidea y el cólera. El narrador no escatima elogios a los grandes avances científicos que facilitan el acceso a este asombroso mundo, que en efecto parece inverosímil, como bien señala el título, si no fuera porque el increíble instrumental técnico de la ciencia lo desoculta para beneficio de la humanidad entera. Mientras rastrea las muestras con su microscopio, el científico descubre que no solo ve a las bacterias, sino que además puede escucharlas, y es así que se encuentra con un *coli communis*, el bacilo que produce el cólera.

En un tono entre policial y antropológico, el científico exige explicación a la bacteria acerca de cómo se reproduce y contagia. El microorganismo reconstruye sus largas travesías a través de comida en mal estado, intestinos humanos, cañerías, el Río de la Plata, el sistema de agua corriente —cuyos purificadores de “capas de arena” (p. 44) fallan en filtrarlo—, canillas, baldes y

<sup>2</sup> La numeración corresponde a esta edición de la novela.

nuevamente estómagos, en un circuito creciente e interminable que sirve tanto de alerta a los métodos de higiene personal como una denuncia de las falencias y contaminaciones en el sistema cloacal y la red de agua potable de Buenos Aires.

Es interesante que, si para Domínguez el mundo de las bacterias se estructura como un lenguaje, la forma en la que el bacilo del *coli communis* narra sus peripecias es digresiva, verborragica, expansiva y proliferante, de manera homóloga a cómo estos microorganismos se reproducen y contagian.

Una vez que obtiene toda la información que precisaba de esta bacteria, el científico procede a entrevistar a un bacilo de Eberth, el causante de la fiebre tifoidea. La bacteria le relata su biografía, desde un pozo de aljibe en Caballito al “intestino de un modesto padre de familia” (p. 64); después, su tránsito a través del “territorio pulmonar” hasta que, con un “golpe de tos”, es expulsada a un “intrincado laberinto de túneles y cañerías” (p. 66), donde logra evadir los purificadores de agua corriente (“me colé con la mayor lisura del mundo por los filtros de arena” [p. 66]). Finalmente, tras pasar por otro filtrador negligentemente desinfectado, concluye su travesía en una letrina.

De alguna manera, el testimonio de la bacteria funciona como material didáctico sobre la importancia de las reglas personales de higiene y, al mismo tiempo, de cómo el Estado debería purificar y distribuir el agua corriente (“que se cumplan las ordenanzas municipales, que se terminen las cloacas, que nos den el agua bien filtrada, que se termine de una vez el puerto, que se hagan desaparecer los conventillos, que se sanee la Boca, que se difundan los conocimientos de bacteriología y de higiene, y ya podemos darnos por muertos”, declara la bacteria [p. 101]).

Cuando el científico le pide al bacilo que explique cómo su especie causa la fiebre tifoidea, su retórica virulenta se enlaza rápidamente a los imaginarios de la época de atentados anarquistas o invasiones de grupos indígenas (en un momento afirma que, al contagiar, las bacterias emprenden un “malón a los glóbulos rojos” [p. 72]).

Más adelante, cuando el científico le pregunta cómo se pueden exterminar definitivamente las enfermedades bacteriales, el bacilo insiste en esta idea, y entabla una forzada analogía entre la inmunidad que generan las vacunas y la Conquista del Desierto: “el indio desapareció, y queda el indígena sumiso y obediente, incapaz de producir los actos bárbaros y salvajes que antes eran toda su delicia. Así, de esta misma manera [...], el microbio patógeno, en la virulencia de su máxima prepotencia, tala y extermina, destruye y hace estragos, ocasionando una epidemia” (p. 105), hasta que, gracias a los métodos bacteriológicos de atenuación o inactivación “asemejándose al indio ya civilizado, no solamente ha perdido sus instintos sanguinarios, sino que sirve para constituir preciosas vacunas preservadoras, que evitan el desarrollo de las enfermedades que antes provocaba” (p. 105).

Otro momento interesante del relato es cuando el microorganismo narra el origen de su especie, millones y millones de años antes de que la humanidad existiese. En *Después de la finitud*, Quentin Meillassoux acuña la figura del *archifósil* como principio rector del realismo especulativo. El archifósil, para Meillassoux, es cualquier entidad no-humana cuya historia es “anterior a la aparición de la especie humana, e incluso anterior a toda forma registrada de vida sobre la Tierra” (2012, p. 37). De alguna manera, la narración de la bacteria convierte a la novela de Domínguez en una precursora argentina del realismo especulativo, ya que genialmente reconstruye, desde su particular perspectiva, la historia cósmica del origen de la Tierra y la vida que alberga. En esta historia, curiosamente, la bacteria ya no aparece como un patógeno que hay que exterminar, sino en sintonía con la teoría de la simbiogénesis y la colaboración entre especies de Lynn Margulis, protagonizando y favoreciendo los procesos evolutivos que propiciaron la vida compleja en la Tierra. De acuerdo con el relato del bacilo, las bacterias entablaron una sociedad simbiótica y ecológica con las formas vegetales para su mutuo beneficio y coevolución: “encima de sus espaldas asistimos a todos los fenómenos de la creación” (p. 79).



## Acerca de la edición original

*Inverosimilitudes bacteriológicas* cuenta con ilustraciones de Joaquín Vaamonde Cornide (1872-1900), Manuel Mayol Rubio (1865-1929) y Pablo Manzano Arellano (1855-1949), pintores y dibujantes también españoles (acaso Mayol Rubio sea el que más influyó en la escena cultural argentina, ya que fue uno de los creadores de *Caras y Caretas*) que conocían a Domínguez de las tertulias de la Institución Cultural Española, donde se reunían los círculos intelectuales y políticos de dicha comunidad (Fernández García, 1997; Calvo Torre y Redondo Moreno, 2005).

Las ilustraciones no solo refuerzan el carácter pedagógico del libro (al facilitar la imaginación del laboratorio, sus herramientas, y la forma en que los patógenos se transportan por toses, manos mal lavadas, tubos y cañerías), sino también los prejuicios raciales y biopolíticos del discurso higienista, ya que las bacterias son de tez oscura (en contraposición a los humanos blancos) y muchas veces posan en actitudes que sugieren un malón o estereotipadas prácticas de tribus consideradas exóticas por la perspectiva europea (como tocar tambores o portar lanzas). Si comparamos esta exotización a cómo eran representados indígenas y gauchos por la pintura romántica europea, no sería arriesgado pensar una especie de “orientalismo bacterial” presente en las imágenes. Por otra parte, el famoso lienzo *Un episodio de fiebre amarilla en Buenos Aires* (1871), de Juan Manuel Blanes, en el que una enferma —“horriblemente bella”, en palabras de Malosetti Costa (2001, p. 31)— suscita al mismo tiempo erotismo y terror, parece ser una fuente de inspiración de las ilustraciones, ya que en todas las situaciones cotidianas de posible infección retratadas siempre es una mujer la que se enfrenta a las bacterias.

Pese a su ambicioso objetivo de divulgar al gran público la bacteriología, las técnicas de higiene y la importancia de trazar eficientes redes purificadoras de agua potable, *Inverosimilitudes bacteriológicas* fue un fracaso rotundo de ventas (“no se han

vendido ni media docena de ejemplares”, declararía con pesar el autor [1894b, p. 159]).

Esta frustración no impidió que, ese mismo año, Domínguez publicara una continuación: *La tuberculosis o confidencias microbianas*, una historia con la misma estructura que su predecesora, solo que la bacteria entrevistada, el bacilo de Koch, es la que causa la tuberculosis. Finalmente, la trilogía se selló en 1900 con *El auditor microbiano o Indiscreciones bacteriológicas del doctor Camamington*, la menos conocida de la serie.

## Legado

A más de cien años de su publicación, esta trilogía ha sido olvidada al punto de que hoy en día es prácticamente inconseguible en catálogos públicos: de las dos primeras novelas de la serie, solo se conservan ejemplares en la Biblioteca Nacional de Maestros y Maestras de Buenos Aires y en la Biblioteca de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, mientras que de la última el único archivo del planeta que guarda una copia es la Biblioteca Nacional de España.

La injusticia de este olvido asombra por el carácter profundamente innovador de la trilogía de Domínguez, ya que no hay antecedente en ninguna otra literatura del mundo de una obra que ficcionalice los saberes higienistas e inmunológicos sobre las bacterias, y que acaso le merezca el título de creador, en retrospectiva, de la *ciencia ficción bacteriológica*.

En lengua inglesa, apenas existe el precedente de *The Germ Growers* (1892), una desconocida novela del australiano Robert Potter sobre una civilización alienígena que se asienta en Australia y manipula bacterias para enfermar a la humanidad. Y, recién algunos años después que Domínguez, *The War of the Worlds* (1897), la célebre novela de H. G. Wells que imagina el fracaso de una invasión marciana en la Tierra gracias a una epidemia

entre los invasores extraterrestres de bacterias terráneas para las que sus organismos carecían de respuesta inmune.

Tan extraños a nivel genérico fueron en su tiempo los textos de Domínguez, a mitad de camino entre la literatura y la bacteriología, que el mismo autor, en la clasificación de su propia bibliografía que incluyeron las portadas de posteriores libros, incluía a la trilogía entre sus trabajos científicos, mientras que entre sus obras literarias nada más listaba sus olvidables libros de memorias y recuerdos.

Si bien se suele decir que el término *fantasía científica* —tal como había bautizado en 1875 Eduardo Ladislao Holmberg a sus propias novelas— es más apropiado que *ciencia ficción* para designar obras anteriores a 1926 —año en que Hugo Gernsback, escritor y editor norteamericano, acuñó la expresión *science fiction* como etiqueta comercial que atrajera lectores a su revista *Amazing Stories* (Capanna, 1996, p. 7)—, es sin embargo ese carácter intersticial, híbrido, de la obra de Domínguez el que resulta tan actual, y convoca aquello que contemporáneamente entendemos por ciencia ficción: en términos de Ursula K. Le Guin, por su capacidad de ser una “bolsa transportadora” (2020, p. 25) de saberes que desautonomizan la literatura y la contagian de imaginarios científicos y tecnológicos, que en el caso de Domínguez opera a través de la ciencia bacteriológica. Y este laboratorio de cruce y tráfico entre bacteriología y ficción le ha deparado pródigos sucesores, tales como Horacio Quiroga, con sus relatos “Mi cuarta septicemia (Memorias de un estreptococo)” (1906), breve crónica en primera persona de un bacilo de tuberculosis que narra cómo invade y mata el cuerpo de un cirujano, y “Los guantes de goma” (1909), sobre una mujer tan obsesionada con los gérmenes que se lava las manos hasta dejarlas en carne viva; y en esa misma línea, “El cocobacilo de Herrlin” (1918), de Arturo Cancela, una sátira sobre una epidemia de conejos en la pampa, a los que un científico sueco quiere exterminar con un caldo de bacterias (Nieva, 2020, p. 68).

Luego de publicar su trilogía de ciencia ficción bacteriológica, es más bien poco lo que se registra sobre Silverio Domínguez. Se sabe que continuó en Argentina sus actividades de médico privado y ocasional conferencista, mientras emprendía residencias esporádicas en España. Hasta que, alrededor de 1919, se radicó definitivamente en su Valladolid natal, donde consiguió el cargo de cónsul argentino. Tras la vuelta final a España se pierden los registros, y apenas se sabe que en 1922 se publicaron en Barcelona las últimas conferencias que había brindado en la Universidad de Buenos Aires: *Empleo de la vacuna Anti-Alfa*, sobre el inmunizante que había inventado su maestro, el doctor Jaime Ferrán, contra la tuberculosis.

Ninguna fuente registra la fecha de su muerte, que se estima cercana a la autopublicación de su último texto, en 1922.

## Bibliografía

- AA. VV., *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana*, t. XVIII (segunda parte), Madrid, Espasa Calpe, 1958.
- Archivo Universitario de la Universidad de Valladolid, “Expediente”, legajo 592/36, “Libro de Grados” libro 238, fol. 166.
- Armus, Diego, *La ciudad impura. Salud, tuberculosis y cultura en Buenos Aires (1870-1950)*, Buenos Aires, Edhasa, 2007.
- Benito Argaiz, Inmaculada; Frías Valcázar, Vicente M.; Pérez Barriocanal, Concepción y Sacristán Marín, Enrique, *Diccionario biobibliográfico de autores riojanos*, t. II, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1995.
- Calvo Torre, Roberto y Redondo Moreno, Concepción, *Hijos ilustres del Camero Viejo*, Logroño, ARCES, 2005.
- Capanna, Pablo, *El sentido de la ciencia ficción*, Buenos Aires, Columba, 1996.
- Cutolo, Vicente Osvaldo, *Nuevo diccionario biográfico argentino (1750-1930)*, t. II, Buenos Aires, Elche, 1969.

- Fernández, Ana María, *Arte y emigración: la pintura española en Buenos Aires, 1880-1930*, Universidad de Oviedo, 1997.
- Fontenla Facal, Pedro A., *Primer diccionario biográfico contemporáneo ilustrado*, Buenos Aires, s. e., 1921.
- Le Guin, Ursula K., *The Carrier Bag Theory of Fiction*, Londres, Ignota Books, 2020.
- Lozano, Nicolás, “Contribución al estudio de la etiología y profilaxis de la tuberculosis desde el punto de vista sociológico”, en *Proceedings of the Second Pan American Scientific Congress, Washington, December 1915*, Washington, 1917, p. 435.
- Malosetti Costa, Laura, *Los primeros modernos*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Meillassoux, Quentin, *Después de la finitud: Ensayo sobre la necesidad de la contingencia*, Buenos Aires, Caja Negra, 2012.
- Migale, Laura y De Hoyos, María, “Un breve camino al cielo: los santos populares en la Argentina del fin de milenio”, en A. Balazote, M. Ramos y S. Valverde (coords.), *La antropología y el estudio de la cultura. Fundamentos y antecedentes*, vol. 1, pp. 113-132, Buenos Aires, Biblos, 2006.
- Nieva, Michel, *Tecnología y barbarie. Ocho ensayos sobre monos, virus, bacterias, escritura no-humana y ciencia ficción*, Buenos Aires, Santiago Arcos Editor, 2020.
- Ramos, Julio, “Arquitectura del habitar popular en Buenos Aires: el conventillo”, *Instituto de Arte Americano*, nro. 101, noviembre de 1999.
- Santillán, Diego A. de, *Gran Enciclopedia Argentina*, t. II, Buenos Aires, Ediar, 1957.
- Vallejo, Mauro y Dahhur, Astrid, “Las confesiones de un médico, de Silverio Domínguez (1882): medicina popular, curanderismo y médicos extranjeros en Buenos Aires a fines del siglo XIX”, *Trashumante. Revista Americana De Historia Social*, nro. 18, 2021, pp. 76-98, <https://doi.org/10.17533/udea.trahs.n18a04>.

## **Agradecimientos**

A Michael Agnew, Jens Andermann, Agustina Battezzati, Guillermo David, Gabriel Giorgi, Graciela Montaldo, Nahuel Risso, Mauro Vallejo, y a todo el personal de la Biblioteca Elmer Holmes Bobst de la Universidad de Nueva York, de la Biblioteca Nacional de España, de la Biblioteca Nacional de Maestras y Maestros de Buenos Aires y de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno de la República Argentina.

## Obra de Silverio Domínguez

*Recuerdos de la niñez, por un profano en literatura*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni, 1880.

*Apuntes de un médico de campaña*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni, 1881.

*Perfiles de una llaga social*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni, 1881.

“Laboratorio bacteriológico. Memoria correspondiente a 1889”, en *Memoria de la Intendencia Municipal de la Ciudad de Buenos Aires correspondiente al año 1889*, tomo segundo, Buenos Aires, Imprenta Sud-Americana. 1891.

“Examen bacteriológico de las aguas - Numeración”, “Bacterias de hielo”, “Examen bacteriológico de las aguas” y “Estudio experimental del bacilo coma”, trabajos del laboratorio bacteriológico de la Asistencia Pública, en *Anales de la Asistencia Pública*, 1891-1892.

*Aparatos de zinc laminado para el tratamiento de las fracturas*, Buenos Aires, Imprenta La Universidad de J. N. Klingelfuss, 1883.

“Toxicología. Envenenamiento por el estramonio”, “Caso notable de pleurodinia”, “Empacho”, “Temperatura local en el reumatismo agudo”, “Diarreas nerviosas” y “Metaloterapia. Artritis reumáticas curadas por las cadenas metálicas”, en *Anales del Círculo Médico Argentino*, 1883-1884.

“Inoculación anticólera del Dr. Ferrán”, en *Anales del Círculo Médico Argentino*, 1885.

*Palomas y gaviñanes*, Buenos Aires, Félix Lajouane, 1886.

*Perfiles y medallones*, Buenos Aires, Est. Tipográfico de Moreno y Núñez, 1886.

*Apuntes de bacteriología para uso de los alumnos de anatomía patológica*, Buenos Aires, Alberto Núñez, 1887.

*La Virgen del Cortijo. Episodios históricos de Soto de Cameros, donde se venera esta imagen*, Logroño, Imprenta de Federico Sanz, 1888.

*Recuerdos de Buenos Aires. Pasatiempo pseudoliterario*, Valladolid, Hermanos Rodríguez, 1888.

*El médico práctico doméstico y enciclopedia de medicina (El tratamiento de todas las enfermedades, y muy particularmente, aquellas que son peculiares a los Trópicos)*, Guelph (Canadá), 1889 (escrito en colaboración).

*Estraña evolución del bacilo coma*, Valladolid, Hijos de Rodríguez, 1889.

*Ecos de un rincón de España (impresiones de un paseo)*, Valladolid, Hijos de Rodríguez, 1890.

“Tuberculosis miliar, mecanismo patógeno”, en *Anales del Círculo Médico Argentino*, 1890.

*Bacterias del hielo*, Buenos Aires, El Censor, 1891.

*Bacterias del pan*, Buenos Aires, El Censor, 1891 (con J. Çaldumbide).

*Lecciones de Bacteriología*, Valladolid, Hijos de Rodríguez, 1891.

*Estudio experimental del bacilo coma*, Buenos Aires, El Censor, 1892.

*Inverosimilitudes bacteriológicas*, Valladolid, Hijos de Rodríguez, 1894a.

*La tuberculosis o Confidencias microbianas*, Buenos Aires, Imprenta Roma, 1894b.

*El auditor microbiano o Indiscreciones bacteriológicas del doctor Camamington*, Valladolid, Imprenta Andrés Martín Sanchó, 1900.

*Apuntes para la biografía de D. Juan Esteban de Elías, fundador de las escuelas de Soto de Cameros*, Madrid, Imprenta E. Barea, 1902.

*Breves apuntes para la biografía del excelentísimo señor D. Francisco Elías Vallejo, Director que fue de la Real Academia de San Fernando y primer Escultor de Cámara de S. M.*, Madrid, Imprenta E. Barea, 1903.

*Revolución y retazos de gramática parda del maestro Ciruela: Ad usum Scholasticorum y Médicos en agraz*, Barcelona, Tipografía de Carbonell y Esteva, 1911.



*Mediación de la Virgen del Cortijo*, Buñola (Palma de Mallorca),  
Tipografía de Amengual y Muntaner, 1918.

*Infección Alfa y procesos de localización. Su tratamiento. Empleo de  
la vacuna Anti-Alfa*, Barcelona, Talleres Gráficos Costa, 1922.



# **Inverosimilitudes bacteriológicas**

**o Revelaciones microbianas**



## Por vía de introducción

¡Cómo cambian los tiempos!... No hace muchos años el tratar asuntos de bacteriología era lo mismo que hablar de cálculo integral o de astronomía entre personas que ignorasen las cuatro reglas aritméticas: cuando se nos veía estudiando en el microscopio, o en los cultivos, se nos miraba con curiosidad como algo raro digno de ser visto siquiera una vez en la vida.

Al vernos llenos de entusiasmo dedicar nuestra actividad a este estudio, o se nos tenía lástima o nos creían *tocados*, en la íntima persuasión de que estábamos ladrando a la luna: éramos para la generalidad unos pobres ilusos, o fanáticos por una *quisicosa* que no tardaría en cubrirnos de ridículo; no faltando quien nos aconsejara que sería más aprovechado el tiempo que empleábamos en este estudio ¡dedicándole al cultivo de repollos o papas!!...

La bacteriología se ha impuesto como se impone la verdad, no sin llevarse por delante toda clase de preocupaciones, rutinas y antiguallas, que eran los únicos obstáculos que pretendían estorbar su marcha triunfal en el campo de la ciencia.

¡Pero quién hubiera pensado hace seis u ocho años que esta ciencia se hubiera difundido de tal manera, que hasta para los periódicos ilustrados se encargaran trabajos especiales de bacteriología, como uno de los *aperitivos literarios* que más interesan al público!... Y sin embargo ya hemos llegado a esto, puesto que de *La Ilustración Sud-Americana* colecciono los capítulos de este trabajo.

Persuadido como estoy de que los conocimientos de la bacteriología no tan solo son indispensables al médico, sino que también más que útiles son necesarios a toda persona que se precie de instruida, y llevado por la viva simpatía que profeso a esta

ciencia, me he atrevido a publicar este estudio de entretenimiento, con el solo propósito de difundir esta clase de conocimientos de una manera lo menos desagradable posible.

No creo profanar la ciencia al tratarla de una manera humorística; de intento he buscado conceptos vulgares para que me ayuden a fijar las ideas, que solo puedo esbozar muy a la ligera en un trabajo de esta índole.

Si el vulgarizar los conocimientos útiles, aunque en forma tosca como yo lo he hecho, es acción meritoria, que Dios me lo tenga en cuenta; pero si he cometido un delito de lesa literatura, que la opinión pública me lo perdone.

Sumario. — DIARIA LABOR. — LABORATORIO. — ANÁLISIS DEL AGUA DE ALJIBE EN BUSCA DEL BACILO TÍFICO. — COLONIZACIONES. — PLACAS DE GELATINA. — ATAQUE Y DEFENSA DE LAS COLONIAS. —BACILOS. — COCOS. — ESPIRILOS. — A LA PESCA.

**E**ran las dos en punto de la tarde, hora en que invariablemente iba yo al laboratorio para entregarme a los trabajos diarios que consumían la mitad, cuando menos, de mi vida.

Entraba, colgaba mi ropa en la percha, me ponía mi blusa de labor, me lavaba escrupulosamente las manos, y, previa inspección del estado de las estufas y termostatos, de los cultivos y aparatos diversos, limpiaba mis anteojos y quedaba listo para la tarea.

Ya estaba en mi elemento, como el pez en el agua; me olvidaba por completo del mundo en que tenía que ganar el pan de mi familia, y solo pensaba en lo infinitamente pequeño, en ese mundo bullente y silencioso que subyugaba por entero mi ser, y me convertía en una especie de moderno Fausto. ¡Qué diferencia de laboratorios, y cuántos puntos de contacto no tienen, sin embargo!

El doctor Fausto se encontraba rodeado de calaveras y figurones, pero en cambio yo envuelto en retortas y matraces por todas partes; nada de hornillos monumentales, pero sí muchos picos de Bunsen; nada de calderas con filtros, pero sí muchos baños de María, muchas estufas de esterilización y varios autoclaves; nada de menjurjes, ni piedras filosofales, pero en cambio muchos caldos, infusiones, gelatinas nutritivas, sueros, agar agar, y cuanta sustancia diversa empleamos, para alimentar comúnmente a los voraces microbios, objeto constante de nuestro estudio.



Por todas partes tubos y matraces, microscopios y lentes, estativos y frascos, agujas y pinzas, bisturíes y paletas, reactivos y colorantes, vidrios y placas, embudos y lavadores, y cuanto utensilio y cachivache diverso se ve esparcido por un laboratorio de bacteriología.

¡Qué aparatos tan preciosos!  
¡Los termostatos que siempre marcan la misma temperatura gracias a su termo regulador de mercurio! ¡Las estufas a quienes su regulador de membrana impide la menor oscilación termométrica! ¡Con qué facilidad obtenemos la temperatura deseada para nuestros cultivos! Esas lentes de corrección, esos microscopios de clara y nítida imagen, y que nos la pueden amplificar hasta cuatro mil aumentos, ¡cuánta labor, cuánta paciencia, cuánta diligencia no suman del humano esfuerzo para llegar a la perfección!



Todo convida al estudio, y estudio tomado con el calor y el entusiasmo que exigen estos trabajos tan interesantes y tan ricos en el campo de la investigación.

Y, sin embargo, no falta todavía quien nos crea ilusos y visionarios; no falta quien nos moteje de fanáticos, y hasta quien aun no acepte como verdades las magnas conquistas que la bacteriología ha conseguido en el campo de la ciencia.

Si la luz existe, no importa que se trate de negar la luz. ¡Adelante la ciencia de lo infinitamente pequeño!

Pero observo que estoy divagando, y sin pensarlo he entrado en consideraciones extrañas al objeto de estas líneas.

Después de hacer la visita diaria de inspección en el laboratorio, de echar un vistazo por las jaulas de los conejos, chanchitos de la India, ratones, palomas, ranas y demás colección zoológica, después de pasar revista a los animalitos inoculados, me puse a la tarea para el análisis de un agua de aljibe, recién llevada para determinar la presencia del bacilo de la fiebre tifoidea; operación sencilla de practicar, aunque de incierto resultado, pues la masa considerable de agua contenida en un aljibe impide muchísimas veces extraer el microbio para examinarle en la corta cantidad que empleamos para esto.

¡Quién diría que en el agua podríamos descubrir la causa del delito, que podríamos encontrar el agente causante de esta enfermedad, y que por el resultado del análisis se podrían allanar tanta y tanta dificultad como antes se tenía para evitar el desarrollo de la epidemia, precaver el contagio y salvar a una población de tan peligrosa enfermedad! Adelantos de la ciencia bacteriológica nada más.

Pipetas esterilizadas, tubos de gelatina que hacemos liquidar a un suave calor, placas de vidrio esterilizadas, agua sospechosa mezclada al medio nutritivo extendido sobre los vidrios y placas hechas que se llevan a las estufas a 20° centígrados.

Caldos peptonizados dispuestos ad hoc, agua sospechosa que se mezcla con ellos, estufa a 35° centígrados, trabajo

resuelto por el momento, lo demás es obra de los microbios; ellos podrán determinar y ser los causantes de la enfermedad fiebre tifoidea sin ser apreciables en medio del agua más cristalina y al parecer más pura, pero en su afán de reproducirse, efecto de su notoria glotonería, se harán manifiestos si existen, caerán en la trampa, sorprenderemos su obra devastadora, y los aniquilaremos por último.

Si antes la colonización era obra de fenicios, griegos y romanos, que con su inmenso poderío y al resguardo de sus legiones hacían progresar sus florecientes colonias, aunque de una manera lenta y por demás pausada; si los progresos de la civilización moderna nos han hecho contemplar las colonizaciones en el Asia y en la América, donde casi por ensalmo se levantan Platas, donde se fundan pequeñas agrupaciones de colonos, núcleos de los que no tardan en surgir Chicagos y otras populósimas ciudades; los microbios, que son la expresión más viva del trabajo y de la reproducción, que vienen a ser los genuinos representantes de la ciencia moderna, colonizan de una manera tan rápida y veloz, que en solas doce o veinticuatro horas nos permiten apreciar a simple vista sus tan hermosas como variadas colonias, que delatan al microbio allí reproducido hasta escapar al cálculo por su número infinito, y dejando muy atrás a todas las razas colonizadoras de que hace mención la historia.

Renovados los caldos en tiempo oportuno y según la técnica apropiada, llegó el domingo para examinar los cultivos en gelatina.

Solo el laboratorio, cielo esplendente para la luz que precisa el microscopio, calma en derredor, ánimo tranquilo y deseos de trabajar, todo predisponía al estudio, y a él me dispuse sacando cuidadosamente las placas para estudiarlas en la platina del microscopio. ¡Qué actividad, qué vida no revelan estas placas de gelatina! ¡Pensar que cada uno de estos puntos que aparecen en la superficie de la gelatina son otros tantos microbios que contenía el agua examinada, microbios que en cada

colonia acaban de reproducirse de una manera asombrosa, sin que haya cálculo que pueda seguirlos! ¡Pensar que su extrema-  
da pequeñez les permite estar contenidos más de un millón  
en un centímetro cúbico, o sea en veinte gotas del agua más  
cristalina y al parecer más pura!

Observando la placa al más débil aumento del microscopio  
veía muchísimos puntos de desigual tamaño y forma, de color  
diverso, de opuestas propiedades, de diferente constitución;  
unos que se elevan formando eminencia en la superficie, otros  
que se deprimen liquidando la gelatina, y todos aislados de  
por sí, todos reproducidos aparte, como si de intento hubiesen  
buscado el aislamiento, para cumplir con sigilo el acto de su  
multiplicación.

También aquí se ve la lucha por la vida, también aquí es evi-  
dente el diario batallar, también existe entre estos seres el ataque  
y la defensa, también reina entre ellos la bárbara ley del más  
fuerte, el derecho de la fuerza.

Una colonia extensa tal vez en su insaciable ambición ha  
aprimado a otras más pequeñas que no pueden evolucionar,  
y que de seguro no han de tardar en constituir parte integrante  
de su *substratum*: por allí rudimentarias agrupaciones a quienes  
roba su nutrición esta otra colonia rozagante que no tardará en  
apropiarse toda la placa; por aquí otras que, tal vez huyendo  
de las acometidas de las invasoras, se divisan en el fondo en los  
subterráneos de la placa, como quien dice, huyendo del aire, o  
tal vez evitando el contacto malsano de sus compañeras, como  
si fuesen los modernos cristianos que huyesen a las catacumbas  
por temor al contagio de las costumbres paganas.

Una insignificante partícula de una de tantas colonias llevada al  
campo del microscopio, previa coloración en la laminilla de finísimo  
cristal, nos revela el mundo invisible de lo infinitamente pequeño.  
¡Cuánta vida! ¡Cuánto movimiento! Son bacilos, es decir, pequeñí-  
simos bastones de algunas milésimas de milímetro de diáme-  
tro, y, sin embargo, el microscopio nos los presenta con sus más



mínimos detalles, con su forma y su constitución, permitiéndonos observar cómo se regodean en el medio que les hemos dispuesto; unos suben, otros bajan, estos cruzan el campo del microscopio, aquellos se quedan parados, los de aquí cabriolean, los de allí se agitan sin cesar, y todos manifestando la vida y la actividad, y como siguiendo el compás de una danza macabra formada de seres extraños y fantásticos.

Otra casi invisible porción de diversa colonia nos manifiesta bastones de mayor talla, bien nutridos por cierto, como frailes dominicos; no en balde corresponden a una gran colonia que ha liquidado gran parte de la gelatina.

Otra estaba constituida por un mundo infinito de cocos, es decir, de puntos esféricos, y que representan con alguna fidelidad el firmamento inmenso tachonado de innumerables estrellas en una noche plácida y serena.

Otra, por fin, nos ponía delante unos finísimos espirilos, o, lo que es lo mismo, pequeños hilos arrollados en forma de tirabuzón, que al cruzar el campo del microscopio se parecen a rápidas serpientes en el momento de lanzarse sobre su presa.

Así iba yo repasando colonia por colonia, hasta poner en el campo del microscopio una que llamó enseguida fuertemente mi atención; era una colonia, si no la que buscaba, muy parecida al menos, y que exigía por mi parte el tomar toda clase de precauciones con ella; por su transparencia y por su desigualdad merecía que yo la pescase, es decir, que la sacase de aquel mar

consolidado de gelatina, y la cultivase en tubos para en su aislamiento estudiarla cual convenía.

En busca del primer dato que me revelase tener delante el bacilo de la fiebre tifoidea, traté de colorearlo *in continenti*; tomé la aguja de platino, la esterilicé en el pico de gas, y todavía, sin poderlo remediar, se me ponen los pelos de punta al recordar la tremenda impresión que recibí en aquel momento, la fuerte sacudida que experimentó mi sistema nervioso con el... no sé cómo decir, si acontecimiento, o extraño fenómeno, o qué sé yo qué, pues para decir verdad, todavía después de muchas meditaciones no puedo darme cabal cuenta de lo que fue.

Sucedió que... pero como el relato es largo, y a fin de no fatigar al lector, creo más prudente continuar en el capítulo siguiente.





## II

Sumario. — CONMEMORATIVOS. — AVENTURA INVEROSÍMIL. — CARCAJADAS MICROBIANAS. — ESTUPEFACCIÓN. — EL COLI COMUNIS. — SUS JUSTAS QUEJAS. — AVENTURAS DEL COLI. — EXCURSIÓN POR LAS CAÑERÍAS. — EN EL INTESTINO. — MALAS COMPAÑÍAS. — EXCURSIÓN A UN ALJIBE.

**R**ecuerdo que de chico era yo excesivamente miedoso; por nada del mundo me hubieran hecho entrar en una habitación oscura; muchos malos ratos me costaba subir de noche las escaleras de mi casa; empezaba a cantar primero, silbaba después sintiendo frío en el espinazo, hacía ruido con los pies para probar que no tenía miedo, subía despacio, aumentaba la velocidad insensiblemente, hasta que, sin poderlo remediar, dando al traste los cánticos y silbidos, emprendía una velocísima carrera escaleras arriba, hasta llegar a la puerta jadeante y anheloso, crispados los pelos y con una angustia mortal. ¿Entrar yo en una habitación donde había muerto alguien? Ni pensarlo. Cuando me iba a dormir me cubría hasta la cabeza, sudaba a mares, y, por último, soñaba con muertos y con ánimas en pena.

Manifiesto paladinamente esta mi particularidad de chico, por si, aunque no lo creo, en algo pudiera influir para explicar el extraño fenómeno que paso a relatar de una manera fidelísima, aunque parezca, no tan solo extraño e inverosímil, sino a más, estrafalario e imposible.

Háganse los comentarios que se quieran, juzgue cada cual con arreglo a su criterio, y déjenme que yo, sin ofender a nadie, haga pública esta tan rara cuan verídica aventura bacteriológica.

En el momento mismo de llegar con la punta de la aguja a tocar la superficie de la irregular colonia, oí muy distintamente unas tiernísimas y lejanas carcajadas, como si un ejército

microscópico riera a mandíbula batiente lejos... muy lejos, y llegara hasta mí, como se oye alguna voz en la comunicación interrumpida del teléfono, una de esas voces claras sí, pero alejadísimas, o más propiamente, como se percibirían en el fonógrafo acercándose al cilindro sin los tubos conductores.



Volví rápidamente la cabeza creyendo que no estaba solo en la habitación, y como no encontrara a nadie, atribuí las carcajadas a uno de tantos fenómenos acústicos de aberración subjetiva.

Me sacudí el conducto auditivo con el dedo meñique, volví a esterilizar la aguja de platino, y llevada al foco del microscopio, otra vez, al querer tocar la colonia oí las mismas carcajadas claras y ruidosas, entre las que sobresalía una voz más cercana que (Dios me perdone) decía: No confunda, amigo, ¡no sea bruto!...

Volví nuevamente la cabeza, y me levanté rápido del asiento para registrar las habitaciones contiguas, donde supuse que se encontraban algunos compañeros que querían darme un chas-



co: no vi a nadie, miré por todas partes, escudriñé hasta los armarios; el laboratorio estaba solo.

Sin acertar a explicarme tan extraña percepción, y como atraído por una fuerza superior, torné a esterilizar la aguja y volví a la pesca de la colonia.

Otra vez la misma voz decía en tono de mayor protesta: Le digo que no confunda, amigo; yo no soy colonia tifoidea.

—¿Qué? —pregunté maquinalmente.

—Que no soy la que usted busca. ¡Parece mentira que lleve usted tantos años de estudio bacteriológico y no sepa distinguir a las personas, digo, a los microbios!

Desde el momento en que escuché la voz y tuve evidencia de que una fuerza sobrenatural hacía llegar hasta mí una voz tan extraña, quedé convertido en otro ser distinto del que soy; pegado al microscopio, fijo en mi asiento, apoyado el codo en la mesa y sostenida la cabeza con la palma de la mano, oí las cosas más extrañas y más raras que es posible concebir, haciendo en mi cerebro un revoltijo tal que no era posible fijar ideas ni atender razones.

No sé cuánto tiempo permanecí en este estado de estupor; poco a poco se fue serenando mi ánimo, se aclaraban algo mis ideas, y, al darme cuenta del extraño fenómeno que tenía ante mi vista, me atreví a preguntar todavía vacilante:

—Pero ¿quién es el que habla?



—Pues, hombre, ¡me gusta la frescura! ¿No lo está usted viendo? —me contestaba—. Soy un microbio, el representante de esta colonia. ¿No lo cree usted? —seguía diciendo al adivinar mi incredulidad—. Soy un bacilo, pero no el tífico, no; soy el Coli Comunis, como reza mi partida de bautismo; ¡vaya una gracia la de haberme puesto nombre tan poco presentable! —seguía diciendo con acento de marcado despecho.

—Pero ¿cómo es posible que hable un microbio, un organismo unicelular? —decía para mis adentros al escuchar aquellas razones.

—Calle y no diga disparates; ¿qué saben ustedes de estas cosas? —exclamaba con soberano desdén—; ¡organismo unicelular!, ¡me hace gracia la ocurrencia! Confiesan que desconocen hasta el reino en que estamos colocados, no saben, en suma, lo que somos; unos nos creen algas, otros hongos, y, para salir del paso sin decir nada, nos llaman microbios o bacterias.

—Eso no, poco a poco —exclamaba yo saliendo a la palestra por los fueros de la clase—. Los bacteriólogos no son ignorantes; podrán dudar al colocaros en la clase de vegetales que os corresponde, pero os han estudiado lo bastante para saber que no es posible que tengáis el uso de la palabra; además, se ha llegado en el estudio —agregaba yo con calor— hasta saber no solamente el tiempo que tardáis en multiplicaros, sino que también el peso preciso que tenéis: así sabemos que una bacteria pesa una millonésima parte de una milésima de miligramo; como también conocemos que, tardando como tardáis de 19 a 20 minutos en multiplicaros, podéis aumentar un solo microbio en solas diez horas en un millar de millones.



—¡Todo polemista prueba que es ignorante! —decía en tono doctoral el bacilo Coli Comunis—, yo no he venido aquí para sostener polémica; ante todo estoy encargado de daros las gracias en nombre de mis compañeros.

—¿A mí? —exclamaba yo sin comprender adónde iría a parar mi interlocutor.

—A usted, sí, señor, por habernos obsequiado con el opíparo banquete y la comfortable habitación en que nos habéis instalado; ya sé que todos los microbios le están muy agradecidos por los esmerados cuidados que con ellos tiene, así que misión cumplida, y a lo que vengo, vengo: está usted buscando al bacilo tífico, y por poco no achicharra nuestra colonia con este tremendo lanzón que tiene en la mano, igual al que ustedes emplean para domar las fieras en sus jaulas; yo creo que no es correcto ni justo que así trate a los huéspedes; no creo haya necesidad de pintarnos como si fuéramos señoritas del día, a quienes es necesario ocultar el bajo color de su rostro; déjenos en paz y bástele saber que nosotros somos Coli Comunis.

—Esto es más que extraordinario —pensaba yo al oír los razonamientos bacilares que llegaban claros a mi oído.

—Nada de extraordinario tiene —me interrumpía el Coli, que por lo visto tenía el don de adivinación—: escuche, porque voy a ahorrarle la mitad del camino y a decirle en cuatro palabras la razón y el por qué nos tiene delante de su vista. Después de infinitas excursiones, que no es del caso mencionar, y cansados de tanta correría, estuvimos poblando largo tiempo las heces intestinales de un chiquitín llorón y de mal genio, a quien, no contentándose con la teta, le dieron para que se callase no sé qué clase de pan o de sopa, que le irritó el tubo intestinal, y como se alborotó el cotarro, con una dosis de calomelanos nos largaron a muchísimos con la música a otra parte, llevándonos al agua del Río de la Plata, cosa que en verdad no sentimos mucho, porque siquiera respirábamos a nuestra entera satisfacción, y no éramos molestados con el eterno rezongo del mamón, que ya se nos hacía insoportable.

—¿Y luego? —preguntaba yo con verdadera curiosidad, queriendo aprovechar el rico filón que había descubierto con las declaraciones de aquel microorganismo.

—Pues luego de permanecer por bastante tiempo en el agua —decía el Coli Comunis—, fuimos llevados por la corriente a un sitio no muy lejano por cierto de la ciudad, y con fuerza nos lanzaron por una larga travesía de caños con vueltas y revueltas, que eran para marear a cualquiera que no fuera microbio, no tanto por el mareo consiguiente, cuanto por el mal olor que allí había. Llegamos a unos estanques donde reposamos siquiera al aire libre; después nos llevaron a otros más decentes que tenían techos de zinc, y nos hicieron pasar por unas capas de arena con la mayor comodidad del mundo.

—¿Entonces era en las aguas corrientes? —interrumpía yo, que reventaba por saber en un momento el millón de cosas que se me venían a la lengua.

—Calle y escuche —decía con cierto airecillo de autoridad el bacilo—. Pasamos, como digo, por aquellas capas de arena, nos llevaron y trajeron como cabo sin manija por un intrincado laberinto de caños con más vueltas que una veleta y más recovecos que una sacristía; luego por otros más estrechos llenos de troneras, seguidamente por otros de menor calibre a riesgo de perdernos, pero todos ellos sucios y descuidados como yo no hubiera pensado jamás. Así hicimos una larga travesía, recibiendo no pocos empujones, apuré el hambre, y gracias a que venía con nosotros un cargamento de materia comestible, del que pudimos aprovecharnos a nuestro antojo como si fuéramos empleados de alguna vía férrea; era un agua aquella muy alimenticia, por cierto, aunque para beberla no creo que fuera la más adecuada.

Yo estaba extasiado con lo que escuchaba, y ya iba a preguntarle, cuando el Coli Comunis siguió diciendo:

—Después de vagar de aquí para allí, y de dar tropiezos y resbalones, nos hicieron subir por un caño muy estrecho, hasta

que, por fin, cansados y casi sin aliento, vinimos a caer por una canilla a una limpia jarra de finísimo cristal, lo que causó en nosotros una viva alegría. ¡Por fin estábamos en paraje decente y limpio, podíamos respirar con satisfacción al ser sostenidos por la limpia mano de una mucama demasiado apetitosa! Pero no duró mucho nuestro gozo, porque no tardamos en ir a parar al intestino de un señor flojo de estómago, donde nos hubiera ido tal cual, si el bacilo tífico que nos acompañaba, como otras muchas veces, en aquella excursión, no nos hubiera hecho una de las suyas.



—¿Cómo fue eso? —interrogaba yo interesado en la aventura.

—Pues sucedió que el compañero, tan pronto como estuvo con nosotros en el intestino, empezó a buscar sitio donde colonizar, y metiéndose en una placa de Peyer como Pedro por su casa, armó tal revolución en el organismo de aquel buen señor que llamaron a los médicos y nos empezaron a molestar en grande. ¡Estate quieto!, le decíamos nosotros; ¡no te metas en honduras!... pero sin hacernos caso se fue placa adentro y lo perdimos de vista a él y a otros compañeros que fueron de exploración a la sangre y a la tierra del bazo, según nos dijeron los de la familia que quedaron con nosotros. Ello fue que, a fuerza de calomelanos, lavados intestinales y naftol, nos hicieron desalojar el intestino y pasar de sopetón a una letrina inmunda e indecente, llena de gases y de malos olores, lo que nos obligó a buscar una filtración a muchos de nosotros, y salir del mal paso cuanto antes. Caminando, caminando por un terreno muy poblado de amigos y conocidos, llegamos a un aljibe que tenía por fortuna una pequeña grieta, y por allí pasamos, y allí hemos estado en grande, para decir verdad; no cesábamos de hacer al tífico muchas reflexiones para que no se moviera, y darle muy buenos consejos a fin de que no hiciera una de las suyas y vinieran otra vez a molestarnos por su culpa; pero todo fue inútil, por un oído le entraba y por otro le salía, es un microbio díscolo y mal compañero, que con tal de hacer su gusto, no le importa nada de sus amigos; ¡por eso le tengo un odio mortal!...

—Entonces ¿sois enemigos? —preguntaba yo deseoso de interiorizarme en los asuntos bacterianos.

—¡Irreconciliables!... —contestó con fiereza—; supóngase usted que nosotros disfrutábamos en el aljibe de una paz envidiable, de una calma chicha, felices en medio de la abundancia, cuando se le ocurre al chapucero ese del tífico meterse con unos cuantos de los suyos en un balde que acababan de bajar, sin que hubiera fuerzas humanas que pudieran disuadirlos; no hubo

razones, ellos subieron, no sé lo que habrán hecho, pero me lo presumo, cuando nos han sacado del aljibe para prestar declaración en esta casa; he dicho lo que sé y me parece que no me he mordido la lengua, ¿eh?







### III

Sumario. — ANTAGONISMO BACTERIANO. — ACCIONES PATÓGENAS DEL TÍFICO. — DEL DIFTÉRICO. — DE LOS PIOGÉNICOS. — FAGOCITOSIS. — PROPIEDADES DEL COLI. — CÓLERA NOSTRAS. — PTOMAÍNAS. — CHISME BACTERIANO. — POLIMORFISMO. — ESPORULACIÓN. — FORMAS DE INVOLUCIÓN. — ATORRANTISMO BACTERIANO.

**D**escribir el estado de mi espíritu ante un fenómeno tal sería trabajo perdido: ¿estar yo recibiendo las confidencias de los microorganismos, en íntimo contacto con ellos, hasta escuchar su voz!... creía que estaba loco, que de mí se había apoderado algún espíritu travieso y juguetón, si es que los hay de esta cualidad o temperamento, y que me había convertido en su juguete, y que era el blanco de sus travesuras.

Quería cerrar los ojos, pero una fuerza superior los mantenía abiertos, y siempre fija la visual en el campo del microscopio donde destacaban las colonias parteras.

—¿Por manera —entonces me atreví a preguntarle— que entre ustedes existen rivalidades?

—¿Que si existen rivalidades? —contestaba el Coli Común—. Vaya una pregunta digna de un bacteriólogo hinchado; ¿pues acaso no ve usted latente la lucha bacteriana, el antagonismo bacteriano? ¿Qué sería de la especie humana si no existiese esta lucha porfiada? Existe, sí señor; hace millones de siglos que está declarada la guerra sin cuartel entre nuestras especies; luchamos con suerte varia, como generalmente acontece; pero nosotros, los que ustedes llaman saprófitos por mal nombre, atacamos a muchos microbios patógenos, los desarmamos en varias jornadas, y así les libramos a ustedes de su acción devastadora: lo hacemos así porque somos más agradecidos que todos ustedes,

que jamás conocieron el agradecimiento; sí, señor, no podemos olvidar que ustedes nos dan el pan, y por eso les ayudamos en todo lo que podemos, por eso proporcionamos a la especie animal y vegetal los medios de vida, los que producimos todas las funciones orgánicas, los que...



—Poco a poco, señor bacilo —interrumpí yo sin poderme contener—, eso es una andaluzada como otra cualquiera.

—¿Cómo andaluzada? —me contestó— ¿Piensa usted, señor pedante, que serían asimilables los vegetales sin nuestra concurrencia? Que se lo pregunten si no al bacilo subtilis. ¿Cree usted por ventura que todos los actos nutritivos se operan sin nuestro concurso? Son ustedes unos ignorantes y unos desagradecidos; sí, señor, repito las palabras, unos desagradecidos.

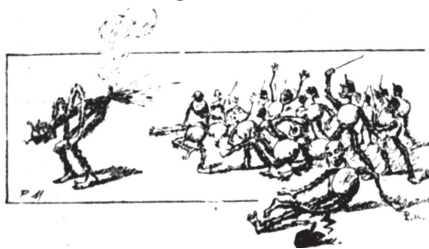


—Bueno; seremos desagradecidos ya que usted lo quiere, pero no me negará que, en cambio de todo eso que usted proclama, existen especies microbianas que ayudan a los patógenos para atacar al organismo; y tan es así que sin su ayuda decisiva les sería imposible vencer en la contienda.

—Algo hay de eso que usted dice —me contestó en tono algo más reposado el bacilo—, es cierto que existen entre nosotros algunos bueyes cornetas, como dicen ustedes por aquí, pero son pocos, muy contados los que se meten en aventuras tales; pero, en cambio, usted no me negará que tenemos los antagonistas que desarman a los patógenos y los dejan con las ganas de acometer, o les pegan un garrotazo en la cabeza que les envía al otro mundo.

—Pero hombre, digo, bacilo, ya que llega la ocasión, y usted dispense la pregunta, ¿qué mal les hemos hecho nosotros a esos llamados patógenos para que de una manera traidora nos asesinen a mansalva?

—Esa pregunta retrata su ignorancia —me contestaba lleno de fanfarronería el Coli Comunis—; los patógenos, como todo microbio, tienen derecho al trabajo, tienen derecho al alimento, y, como es natural, trabajan y comen en el país donde viven; a



mí no me ciega el rencor para no comprenderlos, ellos se están quietos, van y vienen sin molestar a nadie, y solo cuando los ponen

en condiciones es cuando hacen daño, que viene a ser lo mismo que llevar cabras a un sembrado. El tífico se está en el agua; si no le llevaran al intestino no le daría la tentación de meterse en honduras. Yo le conozco como si le hubiera parido; tiene las mismas propensiones que ustedes los alcoholistas: viendo bebidas no pueden resistir el deseo, y por más propósitos que hayan hecho de no probarlas, se olvidan de promesas y propósitos, y beben y más beben hasta emborracharse. Lo mismo sucede con el diftérico: le aspiran, privándole de la libertad que gozaba en el aire, o le llevan directamente o por cualquier procedimiento a la boca. ¡Claro!, sucede que al no poder estar ocioso, al sentir hambre, tiene que comer y come; y trabaja, y da por resultado las falsas membranas, y luego ustedes son tan delicados que con muy poca cosa se envenenan; bastan unas cuantas gotas del sudor de su trabajo para que sientan en el acto bascas y trasudores que los echan al hoyo. Lo mismo puedo decir de los microbios piogénicos, o sea de los causantes de la supuración; ellos están de haraganes en todas partes —porque es la gente más socorrida que yo he conocido, verdaderos atorrantes que no se meten con nadie—; pues, señor, se hacen ustedes una herida, por insignificante que sea, y sin reparar que los tienen en la piel, que están volando en el aire, que se pegan a todas las cosas, a todos los objetos, los ponen ustedes en contacto. ¿Qué quieren que hagan? Lo primero sacan el vientre de mal año y comen a dos carrillos, y hacen bien; luego trabajan y forman colonias para resistir el ataque que saben van a tener de los señores esos de la Seguridad, esa especie de cuerpo de vigilantes, los leucocitos digo, que tan pronto como reciben aviso de la llegada de un microbio, se

salen de la vaina, es decir de los vasos, y llegan arrogantes en tropel para sitiarse al pobre piogénico, que no sabe qué hacer en el primer momento, hasta que, acosado por todas partes, arroja unos cuantos cartuchos de promaínas que dejan el tendal de vigilantes por el suelo; se alborota el cotarro, viene inflamación con todo su acompañamiento, y, por último, entre el cuerpo de vigilantes y las curas endemoniadas de bicloruro hidrargírico que Dios confunda, los echan fuera, llenándolos de improperios por los destrozos causados.

—Esto es lo más natural del mundo —interrumpía yo, defendiendo los procedimientos de exterminio.

—Pues no, señor, no tiene nada de natural sino de muy bárbaro —me replicaba el bacilo con exaltación—; lo natural sería que los dejaran en su casa, que no se metieran con ellos, y para eso bastaría simplemente esta precaución: para los piogénicos alejarlos con términos corteses antisépticos; para el tífico no abrirle la puerta del intestino por nada de este mundo, teniendo como tienen la esterilización en la mano; para el diftérico no aspirarlo, y en caso lavarse la boca para hacerlo salir, y que vuelva nuevamente a sus dominios, si

no se quiere derramar sangre microbiana con los colutorios de bicloruro al uno por diez mil, que no hacen daño a nadie sino al diftérico. Yo bien sé que lo que estoy diciendo no es correcto, que estoy traicionando a los microbios patógenos; pero se me ha soltado la lengua al verle a usted tan ignorante y tan topo en estas materias.





—Vaya, vaya, amigo Coli —no pude por menos de decirle haciendo caso omiso de sus frases nada políticas, por cierto—, que usted no es trigo muy limpio que digamos, no se haga el santo.

—No, señor, no me hago el santo, ni mucho menos; usted ve que en el intestino de una persona permanezco tranquilo y reposado; pero, ¿qué quiere usted que haga si me llevan al tubo intestinal de un animal más animal que el hombre? En el intestino de un conejo o de un chanchito de Indias, por ejemplo, me da rabia de encontrarme, y sacudimos garrotazo limpio; sí, señor, se acaba la paciencia y damos al traste con todo, porque esto no es natural.

—Puede pasar la disculpa —asentía yo—, pero lo que no puede pasar jamás es lo de cambiar sus costumbres pacíficas en el intestino de una persona, y convertirse en pendenciero y

camorrista y hasta en asesino vulgar, ocasionando el cólera esporádico.

—¡Vaya una gracia! —me contestaba—, ¡ya volvemos otra vez a las andadas! Si nosotros fundamos extensas colonias en el intestino, y ustedes nos obligan a pasar por las soluciones de continuidad que les ocasionan los catarros intestinales, y qué sé yo cuantas cosas más, ¿qué quiere usted que hagamos nosotros? Pasamos por ellas, y como nuestra tarea, como ya he dicho cien veces por lo menos, es la de fundar colonias y más colonias para que, por mucha que sea nuestra desgracia, siempre queden por todas partes las huellas de nuestro paso, colonizamos lo mejor que podemos; y como somos tantos los obreros empeñados en la labor, y como el trabajo es rudo por añadidura, se suda a mares sin poderlo remediar; pero da la casualidad que nuestro sudor se convierte en veneno para ustedes, y mueren algunos infelices sin que propiamente seamos nosotros los que los matamos, sino nuestro sudor, es decir, nuestras secreciones.

—No seas hipócrita, Coli Communis, tú has aprendido del bacilo del tétano o del tífico, con quien tienes más amistosas relaciones, la fabricación de sustancias químicas, o sean ptomaínas, que, cual bombas de dinamita colocáis en la sangre, y luego *a volar, que hay chinches*.

—¿Qué fabricación ni qué niño muerto? —replicaba el bacilo— Ustedes llaman ptomaínas al honrado sudor de nuestra frente, a nuestras secreciones, ¡como si ustedes no causaran la muerte de un conejo inoculándole la saliva humana que ustedes paladean con tanto gusto; como si ustedes no pudieran matar hasta a los perros con el producto de su respiración condensada! Cada cual tiene lo que Dios le ha dado, y Cristo con todos.

—Bueno, sea así —decía yo para cortar la disputa—, pero usted convendrá conmigo que no es muy buena su reputación, goza de mala fama, porque no hace mucho tiempo que han dicho en París que se le había subido la mostaza a la nariz y había causado la epidemia del cólera.



—¡Qué barbaridad! ¡Mire usted que es cuanto se puede decir! ¡Que yo he causado una epidemia de cólera! ¿Y cómo ha sido eso? —me preguntaba el Coli Comunis verdaderamente asombrado.

—Pues decían —le contestaba yo, refiriendo lo que conocía por algunas revistas— que usted, vestido de carnaval y to-

mando el traje del bacilo coma, armaba el escándalo en el intestino, se metía por la mucosa hasta encontrar un capilar, y desde allí, como un verdadero nihilista, lanzaba los cartuchos de dinamita sin darse a conocer, hasta que, por último, lo pescaron descuidado confundiénolo con el coma bacilo.

—Eso es una impostura indigna de hombres serios y educados: jamás ningún Coli Comunis se ha disfrazado, porque no nos gusta el carnaval; esas son costumbres paganas, y las dejamos para ustedes que se lo pasan en un perpetuo carnestolendas; nosotros entramos y salimos en todas partes a cara descubierta,



sí, señor, sin antifaz; somos lo que somos, y no acostumbramos a tomar el nombre de nadie.

—También dicen —le interrumpí yo— que os transformáis, como más de cuatro políticos que yo conozco.

—Mire usted: genio y figura hasta la sepultura —me contestó sentenciosamente el Coli—, esas son ganas de hablar y de perder el tiempo; nosotros no somos políticos; nosotros, ya sabe usted que no queremos ni podemos transformarnos aunque quisiéramos. Lo que hay es esto: algunos pseudosabios que todo pretenden saberlo nos miran al microscopio, y como nos ven unas veces de una facha y diferente otras, no quieren recurrir al modo científico de conocernos, es decir, en la mesa que es donde se conocen a las personas decentes, en los medios nutritivos como ustedes dicen, adoptamos, sí, figuras diferentes, porque nos vemos obligados a ello por fuerza; nos dan una buena ración y engordamos que es un gusto, se agota el alimento y empezamos a enflaquecer, y poco a poco llega el caso de que, con más hambre que un maestro de escuela, nos vemos obligados a concentrar nuestras fuerzas, nos une la desgracia y formamos con los cascotes de nuestras colonias unas resistentes cáscaras o corazas, nos tapamos la boca, en una palabra, esporulamos, y así con esta fachenda esperamos mejores tiempos, en que, convidados de nuevo a comer, nos hinchamos de puro gusto, y salimos por un polo; lo demás es cuenta nuestra: otros más desgraciados, cuando han agotado su comida y sin esperar que les caiga el maná del cielo, sufren hambre canina, se retuercen de dolor, se hinchan como los sapos cuando se enojan, y se consumen desesperados sin que traten de esporular, dejando sembrado el campo de osamentas estériles, o sean las formas de involución, pero también lleno de cartuchos de ptomaínas.

—Es curioso —decía yo extasiado con las explicaciones del bacilo.

—Y tan curioso, sí, señor —proseguía el Coli—, no tiene usted más que fijarse en una muy semejante modificación que

ustedes experimentan con demasiada frecuencia: se presentan ustedes hechos unos Narcisos llenos de muecas y ridiculeces, arrogantes y esbeltos, *muy echaos pa adelante*, cuando les sobran los medios de vida; se les acaba el tabaco, es decir, el dinero, y se hacen descuidados, van sucios y agachada la cabeza, viven de prestado y para huir de ingleses, o se tabican un ojo, o se dejan el pelo largo, andan ustedes que beben los vientos; desesperados de una vida tan perra, se entregan a la bebida, y de flacos que eran se hacen gordinflones, nadie conocería con la figura que tienen al elegante *high life* de otros tiempos; y, por último, llegan a convertirse en atorrantes de larga barba y melena, espinazo encorbado, llenos de andrajos, y, o registrando cajones de basura, o tirados en un caño para caer en medio de la calle en una noche fría, haciendo la figura de un montón de estiércol.

—Tiene usted razón —no pude por menos de exclamar al escuchar elucubración tan filosófica.

—Así que, para terminar este asunto y para que quede bien limpio mi nombre, conste —exclamaba con acento solemne el bacilo— que yo no me



meta en asuntos ajenos ni en camisa de once varas; el bacilo coma es quien produce todas esas barbaridades del cólera, puedo jurarlo, porque nosotros lo hemos visto trabajar en grande; allí quedan sus colonias, y allí lo encontrarán: por ahora, sería mejor que viera usted por sus mismos ojos el tífico. Pasando ese lago encontrará dos vistosas colonias que han construido, y así se convencerá que nosotros no hemos tenido arte ni parte en el *batifondo* ese que quiere usted averiguar con el agua del aljibe.

—Ya las encontraré después —le contestaba yo—, estoy más que a gusto oyendo sus explicaciones; tiempo tengo de echarles la vista encima.

—No sea usted tan imprudente; debo volver por ahora al trabajo: nosotros no somos holgazanes como ustedes; nuestra ley es la labor, nuestro Dios la colonia, nuestro culto la multiplicación.

—No; espérese un rato más —le decía yo en tono zalamero y suplicante.

—Ni un instante; me llaman con urgencia porque parece que avanza sobre una de nuestras colonias un ejército flotante de cocos en son de guerra.

Vista la urgencia del caso, corrí la placa y tropecé con la colonia tífica verdadera.



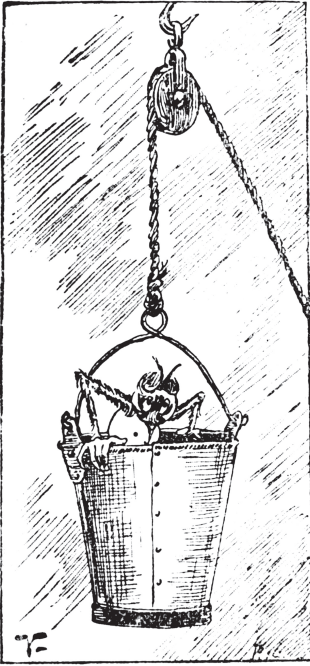
## IV

Sumario. — EL TÍFICO EN LA PALESTRA. — INTERRUPCIONES PARLAMENTARIAS. — VIDA TÍFICA EN EL CABALLITO. — EXCURSIÓN AL INTESTINO. — ACCIÓN PATÓGENA DE LA FIEBRE TIFOIDEA. — EN EL RÍO DE LA PLATA. — A TRAVÉS DE LAS CAÑERÍAS. — AVENTURAS EN UN FILTRO DE CHAMBERLAND. — DEPÓSITOS. — DE LA CLOACA AL ALJIBE, PASANDO POR UNA ANTIGUA LETRINA.

**D**ispuesto estaba a pescar la colonia tífica que tenía en el foco del microscopio, cuando estallaron las protestas y clamoros en una confusión tal, que solo es comparable a la ruidosa manifestación que recibiera el presidente de una corrida de toros al entrar retrasado en su palco; calmados algún tanto los microscópicos seres, uno de los bacilos tomó la palabra en estos términos:

—Deja a un lado ese lanzón con que estás armado, y con el cual nos achicharras, que ya pasó el tiempo de Torquemada: déjanos tranquilos y yo te diré todo lo que quieras, sin que





necesites destruir nuestra obra; respeta siquiera el honrado trabajo de esta familia.

—¿Con que es usted el bacilo de Eberth? —le preguntaba yo satisfecho de haber dado con él, y dispensándole que me tutease.

—Sí, hombre, yo soy el mismo que viste y calza, yo soy el bacilo tífico que tantas veces has buscado, y que tantas veces se ha reído en tus barbas, yo soy; puedes estar satisfecho.

—Entonces, ¿el agua del aljibe era en realidad la causante de la enfermedad?

—Sí, hombre, sí; pero ten por entendido que no somos nosotros los que hemos producido el

escándalo, habrán sido otros de la familia que salieron al mundo llenos de curiosidad: ya me extrañaba yo que Coli Communis no hiciera su oficio.

—¿Qué oficio? Di —exclamaba Coli, que por lo visto había dado la vuelta o tal vez había estado expiando.

—El oficio del delator, ese: porque tú, no solamente nos delatas, sino que por envidia hasta edificas tus colonias casi iguales a las nuestras.

—Mientes —replicó con ira.

—Yo no miento —decía iracundo el bacilo tífico—, que diga el señor si no confunde las dos colonias.

—Eso será porque no ven a tres encima de un burro —insistía el Coli Communis—; por eso dicen que son iguales, cuando se precisa no tener ojos en la cara para no echar de ver que cada una tiene sus límites y su labor diferente: lo que hay es que tú eres un mal amigo,

un mal vecino que siempre estás armando escándalos y alborotando a la gente, mientras que nosotros somos más prudentes, y tan incautos que por admitir vuestra compañía nos encontramos en estos lances, presos por vuestra culpa y expuestos a la vergüenza pública.

—Sí, en efecto; los señores son unos inocentes corderos —increpaba sarcásticamente el tífico lleno de despecho—, pues debes saber que el bacilo Coli, ahí donde le ves tan prudente y tan sosegado, cuando se enoja arma un *batuque* descomunal y produce el cólera nostras, sí, señor, ese tío hipócrita.

—Porque se puede, por eso se hace, para probarles a más de cuatro zonzos que no faltan bríos ni coraje cuando llega la ocasión; que me den a mí unas cuantas soluciones de continuidad y me dejen hacer una arriada de mi gente, y verán quien es Calleja; pero si me dejan tranquilo estaré en el intestino sin meterme con nadie, y no como muchos que yo conozco.

—Bueno, no quiero cuestiones —decía el tífico—, el señor fallará, y dará la razón a quien la tenga.

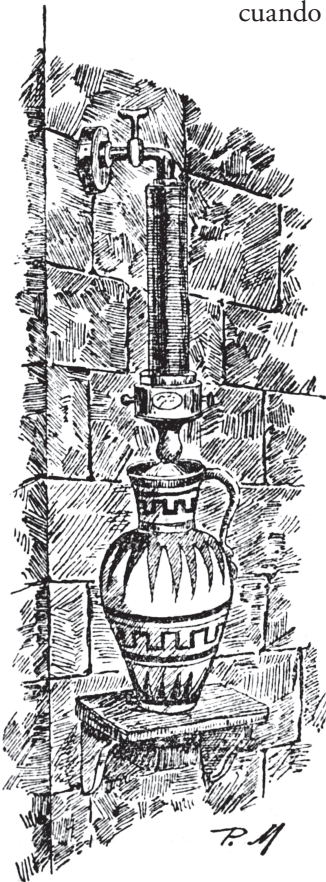
Pues señor, estaba convertido en juez sin haberlo sospechado, en juez sin tener la menor noción de derecho, ni conocer las Partidas, ni Pandectas, ni Códigos, ni cosa que lo valga; nada, en fin, que pudiera ser útil en tan extraño litigio; así que me limité a ser mero oyente de los descargos de los bacilos.



—Tiene usted la palabra, señor tífico, y que nadie le interrumpa.

—Yo puedo decir con toda verdad —exclamaba el tífico— que pasaba muy tranquilamente mi vida en el Caballito, contento con mis posesiones de Almagro, Flores y la Floresta, sin meterme ni siquiera en política, estaba alojado en un pozo de balde, feliz en mi retiro, y sin más comunicación que la indispensable para el trato social de mis compañeros; no pensaba sino en aumentar mi familia y colonizar con el sudor de mi frente,

cuando un buen día, o mal día —seguía diciendo en tono medio compungido—, fui extraído sin sospecharlo en un balde de agua, y a buen seguro que si yo hubiera olido la tostada, hubiese estado oculto en el fondo y las paredes, donde habitualmente residimos para librarnos de investigaciones, más que molestas para el trabajo de nuestras colonias. Del balde fui a parar al intestino de un modesto padre de familia que me trató excelentemente, disponiéndome buen abrigo, opípara comida, y dejándome dueño de casa como quien dice, porque yo me introduje por una glándula de Peyer, pasé por la vía sanguínea llevado sin esfuerzo por la corriente, me detuve en el bazo y allí construimos grandes colonizaciones; pasamos después al hígado y fundamos una gran grasería en aquel sitio, dimos vueltas y más vueltas





por el organismo hasta que llegamos al territorio pulmonar; no era posible permanecer allí por mucho tiempo, a causa del ruido infernal de aquella maquinaria, y sobre todo de aquel constante martilleo que nos venía de lejos, como si fuera una especie de batán que con sus golpes acompasados infundiera en nosotros más espanto que el que les produjo a Don Quijote y Sancho Panza aquel célebre batán de que hace mención la historia.

—No invada usted el terreno de la literatura —le interrumpía yo con severidad de juez.

—Sin embargo, de estas molestias —proseguía el bacilo tífico— pudimos dejar algunas colonias, y con un golpe de tos salimos algunos compañeros a dar una vuelta por el mundo, y ver cómo andaban los asuntos que más directamente nos atañen, es decir los trabajos de la bacteriología, con los cuales es preciso estar siempre ojo avizor.

—Y ¿qué le parece?, ¿cómo andan? —le preguntaba yo, afanoso por conocer la opinión de un personaje de su jaez.

—¡Qué me ha de parecer! Que todavía están poco menos que a oscuras; buscan el modo de destruirnos, de aniquilarnos, sin conocer a fondo nuestra constitución, nuestro modo de ser, nuestras costumbres, que es lo principal, por eso nos reímos a mandíbula batiente de tanto y tanto pedante como nos persigue.

—Muchas gracias por la lisonja —me apresuré a decirle herido en mi amor propio.

—No se resienta porque no va con usted la alusión, pues aunque esto le mortifique, no podemos tomarle en cuenta; es usted demasiado insignificante para tomarle en consideración; me refiero a los bacteriólogos de verdad.

—Pues señor, me gusta la franqueza de este bacilo —pensaba yo para mis adentros.

—Pues como iba diciendo —proseguía con la mayor frescura—, después de darnos un magnífico paseo por el Río de la Plata...

—¡Cómo por el Río de la Plata! —le interrumpía creyendo encontrarlo en contradicción— ¿Acaso tú no estabas en el Caballito? ¿Cómo has podido ir al Río de la Plata?

—Asombrado estoy de escucharlo —decía el bacilo—, ¡qué cómo he llegado al Río de la Plata! Pues andando de charco en charco, unas veces por el subsuelo, otras arrastrado por las lluvias, y siempre llevado a impulsos de mi deseo de bañarme en el hermoso río y estar besando las plantas de Buenos Aires, aunque para algunos no sea en nosotros posible tal afición; llevado de mi carácter aventurero fui a dar unas vueltas por la ciudad, penetrando por un intrincado laberinto de túneles y cañerías, donde no me perdí por serme camino muy conocido; pasamos a grandes depósitos donde descansé de las fatigas del viaje dejando algunas colonias en construcción, pasé después a otros, y me colé con la mayor lisura del mundo por los filtros de arena, no sin antes dejar las huellas de mi paso, hasta llegar rendido y jadeante por medio de cañerías sin fin a un punto que no dejó de causarme recelo.

—¿Cómo es eso? —exclamaba yo sin poderme contener, y no atinando cómo un bacilo de su clase pudiera tener recelo en nuestras cañerías.

—Había caído en una verdadera ratonera, me había metido en un descuido, nada menos que en la bujía de un filtro de Chamberland; me creí perdido sin remedio porque ya conocemos estas trampas, y como el tiempo sobraba me di un buen hartón, pues no escaseaba el alimento; yo decía para mi coleteo, estoy en capilla sin poderlo remediar, no tardarán en cocerme como si fuera carne de puchero, pues ahora han dado en la manía de hervir las bujías cada tres días, y no es posible resistir una cocción tan inoportuna: me resigné pensando que los míos me vengarían oportunamente, y así esperaba con ánimo tranquilo llegase la hora fatal de la esterilización, ¿pero cuál no sería mi alegría al ver que los días pasaban y que no venía el verdugo? Pues señor, me introduje disimuladamente en un pequeño conductillo de la bujía, ya que no encontraba las rajaduras por donde algunas veces yo había pasado, y em-

pezó mi tarea, formé familia y colonias, y avanzando cada día más por el intrincado laberinto de conductillos, llegué, es

decir, iba a llegar ya al tubo central de salida, cuando al

sentir el ruido de tornillos se me

crisparon los nervios y dije para mí,

ya está aquí el hombre, he perdido un tiempo precioso; me despedí de mi familia, nos

abrazamos efusivamente, y dando mis últimas instrucciones a los hermanos que quedaban fuera,

esperé con valor el instante supremo; ya me creía estar en el agua hirviendo, cuando oí que

cepillaban y lavaban la bujía con agua corriente, y después de fregotearla la volvieron a colocar

otra vez en su sitio sin previa cocción: ¡Dios te lo

pague, mano caritativa y bienhechora! Gracias por tu clemencia,

yo bailaba de contento, no cabía de gozo, me creía volver loco, y

así fue que no tardamos en salir al conducto central de la bujía de Chamberland.

—¡Pues señor! Sería esta una excelente ocasión para tomar apuntes de una novela que bien pudiera titularse: “Aventuras de un microbio”...

—Caímos a un artístico depósito —seguía diciendo imperturbable el bacilo tífico— donde encontramos un campo pobladísimo de innumerables colonias de amigos y conocidos que por cierto no nos hicieron mal recibimiento; porque no me tacharan de holgazán recurrí al trabajo, y en el fondo y en



las paredes fundé unas florecientes colonizaciones, que sirvieron para que algunos de nosotros fueran a buscar aventuras en el intestino de una señora delicada y de varios jóvenes de la casa, mientras otros conmigo, cansados de esta tarea, salimos por un excelente *water-closet* con gran ruido y estrépito, atravesamos una intrincadísima red de caños y tuberías, y aburridos de una travesía tan monótona, nos escurrimos por una de tantas fisuras de un caño, hasta que caminando por filtraciones llegamos a una sucia letrina, donde encontramos la mar de Coli Comunis y la inundación de conocidos y parientes; después de los saludos y apretones consiguientes, hicimos la travesía hasta el aljibe de donde nos han sacado; yo por mi parte hubiera permanecido allí sin buscar cotufas en el golfo, pero tres hermanos quisieron salir con el pretexto de respirar a su gusto, y de seguro que ya habrán hecho alguna calaverada de la que no podemos bajo ningún pretexto hacernos solidarios.

—No son escasas las aventuras —le dije yo después de haberle escuchado con atención—, ¡no son escasas!... pero te callas lo



principal: ¿cómo producís vosotros la fiebre tifoidea?, ¿cómo os las manejáis para presentarnos un cuadro clínico tan complejo?

—Nosotros no hacemos nada, trabajamos solamente y dejamos poblaciones en todos los sitios por donde pasamos, lo cual me parece lo más lógico del mundo: ¿acaso el pueblo romano no dejaba las huellas de su planta conquistadora por todos los pueblos de la tierra? Ahí están que no me dejarán mentir esos acueductos, esas anchas y cómodas rías, esos monumentales puentes que resisten a los siglos y desafían a los elementos, soberbios y erguidos como mudos representantes de la antigua y esplendorosa civilización romana.

—Deja a un lado esos pujos literarios y contesta sin ambages ni rodeos el modo y manera de ocasionar la fiebre tifoidea, que es lo que me interesa por ahora.



## V

Sumario. — PROCEDIMIENTO CLÁSICO PARA HACER HABLAR A LAS BACTERIAS. — MECANISMO DE LA FIEBRE TIFOIDEA. — TIFOTOXINA. — SOLEMNE PACTO. — GÉNESIS MICROBIANO. — LA PRIMITIVA CÉLULA. — PRIMERA TRANSFORMACIÓN. — TRANSFORMISMO. — PRIMEROS VEGETALES. — PRIMER PEZ. — HONGOS. — MATRIMONIO PRIMERO. — NACIMIENTO DE LOS LÍQUENES. — RESULTADOS DE LA SELECCIÓN. — AMOR LIBRE EN LA NATURALEZA. — DISEMINACIÓN DE LOS MICROBIOS. — PAISAJES PRIMITIVOS. — LOS HELECHOS Y LOS PRIMEROS ANIMALES.

**E**ra para volverse loco; pensar que tenía sujetos a mi voluntad a los microbios, que podía saber todos los secretos de la ciencia bacteriológica, que mi nombre iba a hacerse célebre tan pronto como diese a conocer las verdades microbianas solo de mí sabidas, que me tendrían por el más profundo sabio de la época, era para trastornar a cualquiera, por bien asentada que tuviera la cabeza: estaba en posesión de una especie de varita de las virtudes que me convertía en el soberano dueño de la ciencia; y la verdad era que iba a saberlo todo sin hacer deducciones ni fundar hipótesis, con solo prestar atención a las inapreciables frases que iban saliendo de los labios mismísimos de los microbios.

El bacilo tífico seguía callado, mientras yo daba vueltas y más vueltas en mi cerebro a estas ideas.

—Vamos a ver, explique el mecanismo de que ustedes se valen para provocar la fiebre tifoidea —le decía yo obligándole a hablar.

El tífico seguía mudo como si se hubiese comido la lengua.

—¡Habla, te digo! —insistía yo al ver su terquedad—, contesta de una vez, ¿cómo provocas la fiebre tifoidea?

—Esa es una pregunta poco menos que estúpida, después de lo que llevo manifestado —rompió a decir el bacilo con sequedad.

—A mí no me faltas tú al respeto por más tífico que seas, o hablas o te achicharro con toda tu colonia sin piedad alguna —y como para convencer al tífico que lo iba a ejecutar, tomé la aguja de platino, la esterilicé al blanco en el pico de gas, y la acerqué a la placa.

—Quite ese lanzón; quítele de una vez y hablaré; ¡no sea usted atroz!...

—Es que yo te achicharro —le decía haciéndome el desalmado.

—Quite eso, señor, quítele, que le prometo por estas que son cruces decirle toda la verdad.

—Prontito entonces y con buen modo; vamos a ver —le decía yo con acento autoritativo.

—Ya le dije que nosotros nos metemos en el intestino para guarecernos agrupaditos como en acecho en las grandes células de las placas de Peyer, de donde vamos de exploración a los ganglios mesentéricos; pasamos a la sangre para dar un *malón* a los glóbulos rojos de los que tomamos algo de oxígeno, pero de paso solamente; nuestro objeto es llegar al bazo, para fundar nuestra extensa red de colonias; pero como... para qué ocultarlo ya, llevamos con nosotros la fábrica de productos químicos, al encontrarnos con un exceso de ácido carbónico, estallan algunos tarros de inflamables, y por eso aparecen en el cuerpo de los enfermos las petequias, que no son más que las microscópicas heridas que han producido los cascos de la metralleta.





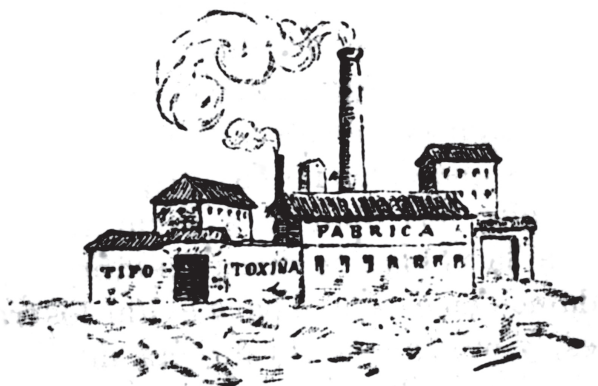
—No me parece muy feliz la figura —decía yo para mis adentros sin interrumpir al bacilo.

—Tan pronto como tomamos posesión del bazo y del hígado, en justa recompensa al buen recibimiento que se nos hace, tratamos de darles impulso, aumentando el doble o el triple de su extensión, construyendo en grande escala nuestras colonias; montamos la maquinaria y, sin emplear la transmisión, la hacemos funcionar y elaboramos la tifotoxina, que es uno de los más preciosos productos químicos: ¡qué vale la dinamita comparada con ella! Es tal su actividad que con los pequeños cartuchos que fabricamos podrían los nihilistas hacer volar continentes enteros.

—¿Y todo ese trabajo os tomáis para destruir la especie humana? —exclamaba yo en el máximo grado de indignación.

—¡Quite usted allá, hombre, quite usted! Nosotros no pensamos en tal cosa; nosotros nos dedicamos a fabricar este producto porque es nuestro principal material de guerra; es preciso no estar desprevenido; cada cual de nuestras especies o familias tiene el suyo propio; y como estamos en perpetua campaña, tenemos que trabajar sin cesar para no encontrarnos sin municiones.

—Pero de esta manera, nosotros somos los que pagamos el pato —le decía yo.



—Ustedes no pagan nada absolutamente, lo que sucede es esto: los residuos de nuestra elaboración los echamos como es natural al río de la sangre, pues en alguna parte es preciso tirarlos, lo que, al parecer, les causa a ustedes un verdadero estupor; no dejan de estallar algunas calderas y regular número de cartuchos, como es lo más frecuente en esta clase de instalaciones; y si no, recuerde usted que no son pocas las víctimas que origina entre ustedes la explosión de calderas y motores, tarros y bombas; por eso no creo yo puedan imputarse estas desgracias a los fabricantes, a los industriales, sino a la sustancia explosiva o agente que ha determinado la explosión, así que, en resumen, nosotros somos meros industriales que como no hay disposición municipal que nos obligue a sacar fuera del radio de la población nuestras fábricas, las instalamos en el centro para evitar los transportes, y utilizar la vía directa de la sangre; esto es todo.

—Bueno, bueno —interrumpía yo, deseoso de cortar cuanto antes el tema de la conversación, para entrar de lleno en las graves cuestiones bacteriológicas, y como para excitar su codicia, y así obtener desnuda toda la verdad, le dije sin ambages ni rodeos:— Yo te voy a tratar como amigo, como verdadero amigo; te voy a dar alimento suficiente para ti y para los tuyos, vas a vivir sin que nadie te moleste, ni se meta en tus negocios, te cultivaré en todos los medios nutritivos, estarás en buenas estufas para que no pases frío, y os defenderé de los hongos; pero con una condición, solo con una condición.

—Pida usted, señor, que nosotros obedeceremos sin replicar, y su palabra será ley —contestaba muy sumiso el tífico.

—¡No se fíe de ese trucha, señor!... —gritaba el Coli Comunis, que hasta entonces no había despegado sus labios—. No se fíe, porque es más peine de lo que parece.

—¿Lo está usted viendo, señor? —replicaba el tífico— dígame si esto es envidia o caridad; dígame si esto es propio de compañeros: siquiera por los viajes que hacemos juntos, por la relación que hemos hecho en aguas y letrinas, y hasta por vecin-

dad en el intestino, debiera ser más prudente y evitar esa clase de chismes, propios tan solo de mujerzuelas.

—No admito chismes, ¿entiendes? Yo no admito chismes —volvía yo a decir con aire de la mayor severidad—, y a fin de cortar de una vez por todas esta clase de rencillas, daré igualmente al Coli, alimento, casa y abrigo, y evitaré que nadie se meta con él.

—Gracias, señor —exclamaban los dos a un tiempo—, no esperábamos menos de su buen corazón.

—Sí, pero con estas condiciones: que me habéis de contestar a todas las preguntas que yo os dirija, que no me habéis de faltar a la verdad, y que tenéis que jurar de no despegar los labios sino cuando yo os lo mande.

—Sí juramos, señor —dijeron a una voz los dos bacilos, y supongo que se pondrían la mano en el pecho al contestar.

—Con permiso de usted voy a llevar tan grata noticia a mis hermanos —decía el Coli; pues todos estaban aprestándose para resistir al ejército de cocos que nos está amenazando.

—Tenga confianza, señor —decía el tífico—, que yo satisfaré todos sus deseos.

—Así lo espero, porque de lo contrario, con placa y todo, os envío al horno de esterilización, y muerto el perro se acabó la rabia. Vamos a ver; necesito saber lo primero de todo, cuál es vuestra procedencia, vuestra génesis, como si dijéramos vuestra ejecutoria de nobleza.

—Esto es muy largo de contar, muy largo... ¡como que vinimos al mundo en las primeras épocas de la creación! Dice nuestra historia que desde el momento en que se condensó el vapor





del agua, y cual descomunal torrente, se precipitó sobre la corteza terrestre, a la que hizo chirriar como un hierro candente al meterlo en el agua del pilón de una herrería, desde aquel instante empezó el movimiento de nuestra formación: los elementos de la naturaleza, sin freno que los contuviera, actuaban de una manera verdaderamente espantosa; el primer mar era agitado por monstruosas sacudidas que venían a favorecer la cohesión de nuestras primeras moléculas constitutivas.

—No lo entiendo; si no te explicas mejor, me voy a quedar en ayunas —le interrumpía yo verdaderamente confuso.

—Escuche y comprenderá: ¿usted conoce esos aparatos giratorios para sedimentar la orina? Los tubos reciben un impulso velocísimo merced al cual las materias sólidas se depositan rápidamente en el fondo; pues por idéntico o parecido mecanismo, al ser tan fuertemente agitadas las aguas, quedaban las primeras materias sólidas en suspensión en el fondo de los mares; estas materias sólidas, por la fuerza de la afinidad, por las leyes de cohesión y concurrencia, llegaron tras algunos siglos a constituir un protoplasma, o lo que es lo mismo, una masa gelatinosa que tardó mucho tiempo en condensarse en el centro: para esto, los

elementos de la naturaleza se iban poco a poco como quien dice domesticando, el oleaje no era tan monstruoso, las lluvias no tan torrenciales, y la corteza terrestre ya mostraba algunas escorias algún tanto tibias. Constituida esta primera célula —proseguía diciendo el bacilo tífico con toda formalidad—, fácil le será el comprender la bipartición o multiplicación que se operaría en el fondo de los mares, teniendo materia abundante y al abrigo del calor que entonces reinaba en la corteza terrestre con una fuerza incalculable; muchas veces, aprovechando una contracción y elevación del fondo, juguetes frecuentes en aquella época, quisieron salir para aprovecharse de los rayos del sol y campar por sus respetos; pero las células que tal hicieron quedaron hechas churrasco en la corteza caliente aún para tal aventura.

—Mucho decir es eso; muy minuciosa me parece a mí la tal historia —decía yo mentalmente sin atreverme a interrumpir tan interesante relato.

—Como las desigualdades del fondo de los mares eran tan pronunciadas, resultó que unas células quedaron encajonadas sin movimiento, mientras que otras, traídas y llevadas, se quedaron en las orillas, y como recibían el sol de plano se hicieron medio cobrizas, y como aspiraban el aire aquel primitivo se desarrollaron de distinta manera; y de aquí la primera transformación y el primer estado estacionario por desigualdad de medios. Se sucedieron los siglos y el suelo quedó, si no frío del todo, al menos lo suficiente para que nadie se quemara las plantas de los pies; y así las células orilleras llevadas por la marea quedaron entre Pinto y Valdemoro, o entre San Juan y Mendoza; es decir, que tan pronto recibían los elementos del agua como se acostumbraban a la acción del aire, del sol y del suelo, de lo que resultó evidentemente otra transformación. Para que las frecuentes lluvias no arrastrasen a las células transformadas, se pegaron estas a las rocas por medio de una parte sobrante de su protoplasma, y así se extendieron por todas partes con más o menos comodidad.

—No te entiendo bien, bacilo; me parece griego lo que estás hablando —le interrumpía yo medio mareado con sus poco claras explicaciones.

—Para que me comprenda mejor, escuche: si usted esparce por ejemplo la semilla de una variedad de miosotis por un terreno accidentado, y que presente modificaciones tales, donde en una parte haya rico humus o tierra vegetal, en otra lo contenga en menor proporción y en otra esté suplantado por salitre, ¿qué sucederá? Que en los sitios de tierra vegetal y que reciban la acción de los benéficos rayos solares germinará pronto la semilla, crecerá con rapidez el tallo, aparecerán frondosos, se adornarán con numerosas flores multicolores, su desarrollo será exuberante en fin; mientras que la semilla que fue a parar a donde había poca tierra vegetal y no recibe sol, casi se elevará del suelo, no dará flores, y si las da, serán pobres y raquíticas; y por fin, la que fue a dar al salitre, no podrá desarrollarse, muere extenuada y desaparece entre las cristalizaciones de las que viene a formar parte. Así también sucedió con las primeras células de la naturaleza; las que gozaban de todas las primicias iban de evolución en transformación, hasta constituir el primer vegetal rudimentario; mientras las otras, privadas de la acción transformista, permanecían primitivas sin sufrir cambios ni mutaciones en su estructura. A nosotros, a los microbios, nos tocó un mal lote de tierra (como les sucedió a muchos especuladores de tierras nacionales), hacíamos esfuerzos para progresar, pero no se nos presentaba ayuda, y veíamos en cambio aparecer los vegetales, tan vegetales como nosotros, que ya tenían vestimenta y estaban enfatuados con su ropaje, como puede estarlo el pisaverde de todos los tiempos al estrenar vistoso traje: nosotros los microbios nos quedamos en células, en simples células sin núcleo, que escasamente hemos podido cubrir nuestras vergüenzas con una ligera membrana hecha de celulosa y de microproteína, como quien dice, nos hemos quedado en camisa. Como el alimento no tardó en faltarnos y como éramos tan *bebés*, nos cargaron los vegetales ya formados encima de sus

espaldas, y con ellos hemos asistido a todos los grandes fenómenos de la creación: hemos visto colear al primer pez; es decir, pez no, sino monstruo; porque en aquel tiempo había un verdadero lujo por lucir las tallas, todo era grande, todo rumboso y fenomenal, ¡cómo se reirían ustedes si vieran entonarse a aquellos seres panzudos y contrahechos, que salieron por primera vez a la superficie del mar haciendo piruetas para tomar el sol!



—Eso me parecería muy bien —interrumpía yo sin poderlo remediar— si se tratase de una lección de historia natural.

—Pues qué, señor —contestaba el bacilo tífico con presteza—, ¿quiere usted que al hablar de la historia nuestra me refiera a la artificial, como decía la gitana del cuento?

—Lo que yo deseo saber es lo que a vosotros atañe, solamente a los microbios.

—Pues ya le he dicho a usted; nacieron las primeras algas entre sol y sombra como quien dice, y como algunas células hermanas nuestras salían a respirar y a tomar el sol, se transformaron, y criaron órganos de fructificación, y ya tiene usted formados los hongos, o lo que es lo mismo, ya tenía la naturaleza hijos y entenados, siendo nosotros los microbios, los de la segunda clase. Sucediéndose el tiempo en estas andanzas, pudimos asistir como meros curiosos a la unión matrimonial de las algas y los hongos, festejándose el fausto acontecimiento con gran ostentación por parte de la madre naturaleza, que fue la madrina de la boda; tuvieron crecida prole y resultaron los líquenes de esta unión; y ya tiene usted establecida la primera cruz, la pri-





mera resultante de la selección, y de aquí arrancan las variadísimas transformaciones de la exuberante flora; mientras nosotros quedamos en una especie de *ni fu ni fa*, sin ver algas ni hongos, y participando en algo de las condiciones de estos dos, como es natural que así sucediera; y como diera la maldita casualidad que por aquellos días dictase la naturaleza su célebre decreto, nos quedamos al sereno como el gorrión que no ha cogido teja.

—¿Y qué decreto fue aquel? —preguntaba yo con curiosidad.

—¿Que qué decreto? —decía asombrado el bacilo al convencerse que yo no tenía noticia de cosa tan importante—; pues señor, aquel en que se dejaba en libertad de transformismo a todos los organismos compuestos, una especie de amor libre, mientras a nosotros, como si fuéramos los eunucos de aquel harén, nos obligaron como organismos rudimentarios a permanecer en nuestra envoltura, y solamente permitirnos la esporulación en la época de los grandes calores o de los grandes acontecimientos. Como usted comprenderá, con este terminante mandato, fue mucha la indignación de nuestros mayores, y huyeron desalentados por todas partes; y como no todos los sitios son iguales, y como nuestro alimento difería mucho, de aquí que hubiera microbios escualidos, otros regordetes como canónigos y otros que a pesar del buen alimento permanecían tal cual de carne, como quien dice. Desde el primer matrimonio de las algas y los hongos empezaron a salir como por encanto una variedad grande de vegetales, que llegaron a constituir los más gigantescos bosques que pueda uno idearse: aquellos helechos eran moles colosales de tan extrañas figuras, que solo nosotros, que con permiso de usted, no hemos conocido nunca el miedo, podíamos estar en su compañía. ¡Qué paisajes! ¡Qué perspectivas para un Apeles antediluviano! A los panzones aquellos que salían a la superficie del mar, efecto de tanto estirar el pescuezo, se les alargó considerablemente, y resultaron unos monstruos raros y repulsivos que por fin, una vez quitado el miedo que tenían a la tierra, salían a hacer pinitos por las orillas, y excusado será decirle que nosotros, aprovechando la bolada, entramos por vez primera en el cuerpo de aquellos animales.

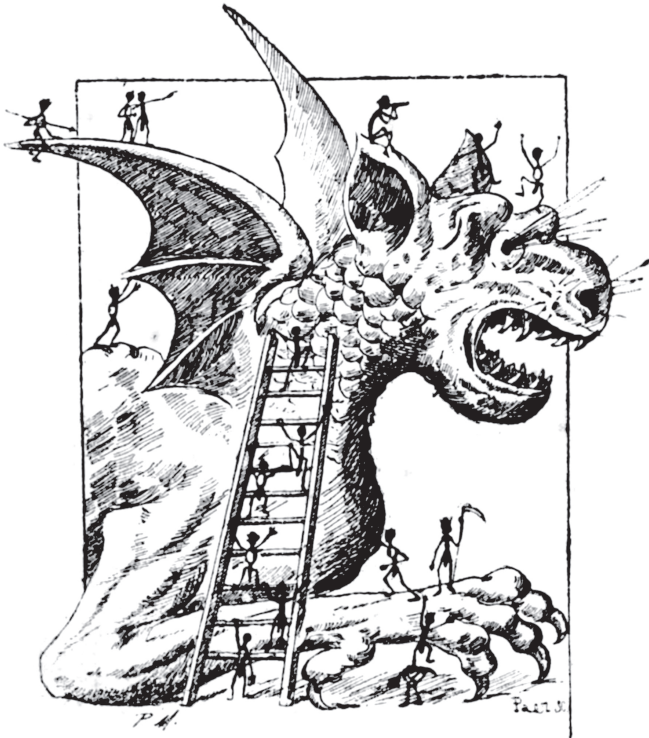


## VI

Sumario. — PRIMERA AVENTURA MICROBIANA Y PRIMER PROCESO PATOLÓGICO. — POR QUÉ LOS MICROBIOS NECESITAN ESTUFAS. — LATENCIA EN EL HIELO. — LOS MONOS. — LA PRIMERA VOLTEADA Y AVENTURA DEL ANTRACIS. — ACCIONES PATÓGENAS DE LOS MICROBIOS. — RAZONES CONTUNDENTES DE NUESTRA DESCENDENCIA DEL MONO. — EL HOMBRE EN LAS CAVERNAS. — EL HOMBRE ACTUAL. — SU RESISTENCIA ORGÁNICA. — TUBERCULOSIS.

—Pues, como iba diciendo —proseguía el bacilo tífico—, algunos amigos se colaron en el estómago del pez, pero como no estaba aquello arreglado en forma todavía, es decir, que solo tenía una muy reducida e incómoda habitación y sin amueblar aún, dejaron de instalarse, y tan pronto como pudieron se escaparon, sin decir agua va, para que el muy salvaje no los destruyera: había que tener paciencia por entonces. Aquellos *jastiales* que salían para hacer pinitos por las orillas menudearon sus excursiones y se recreaban en rascarse el lomo contra los gigantesco helechos, pero ¡nunca tal hubieran hecho! porque los nuestros que ya se habían subido a la parra, al encontrar una solución de continuidad ocasionada por la aspereza del roce, se colaron muy bonitamente y dieron lugar al más grande alboroto que hubiera presenciado la naturaleza de un ser viviente: el monstruo empezó a sentir un calor ardiente en el lomo que le hacía bramar de una manera espantosa, se hinchó la parte en forma de colosal joroba, mientras que nuestros hermanos los piogénicos luchaban a brazo partido contra aquellos desconocidos leucocitos. Aquí se marcó una época memorable para nuestra especie, pues aun cuando al final fuesen los microbios derrotados, hay derrotas que son glorias, dígalos si no la memorable de Trafalgar; y nosotros si bien probamos nuestra insignificancia,

medimos el poder ante monstruos tales, y así fue que al estallar la enorme joroba, resonó en el espacio algo así como un cañonazo que desprendió abundante supuración. Primer proceso patológico que apareciera en medio de aquel oasis de esplendor, y debido tan solo al valor y pujanza de nuestros primeros padres. Pasaron los siglos y con ellos las transformaciones, y como es consiguien-



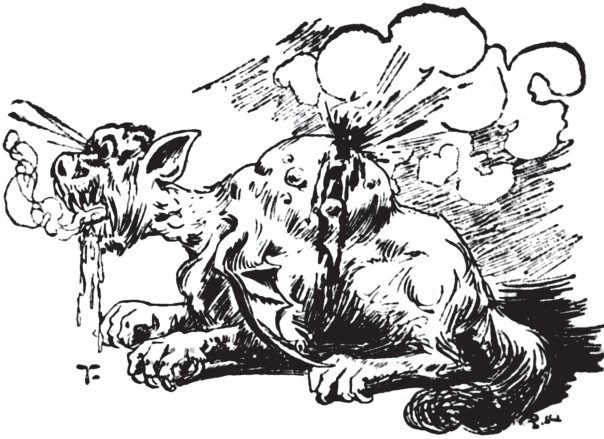
te, surgía la variedad de especies con aquel primitivo revoltijo de cruza y selecciones; poco a poco se enfriaban el agua y la corteza terrestre, lo que no dejó de ser un inconveniente para nosotros que estábamos acostumbrados al calorcito que nos prestara el regazo de la madre naturaleza.

—Ahora me explico —interrumpía yo— por qué son los microbios tan friolentos, cuando nos es necesario recurrir al calor

de las estufas para que puedan multiplicarse la mayor parte de las especies.

—Nos gusta el calor de las estufas, es cierto, pero no crea usted que el frío nos mate, pues podemos vivir en medio de los témpanos de hielo, pero como se nos entumecen las manos, no podemos trabajar y se le quitan a uno las ganas de multiplicarse, como es natural que así suceda, pues para esto se precisa calor en toda tierra de garbanzos.

—Lo que me interesaría saber —interrumpía yo— es tener noción exacta de vuestra primera entrada en el cuerpo del hombre.



—Eso viene muchísimo después; primero nos entretuvimos con sus ascendientes, que lo mismo que ahora saltaban como ningún animal por los árboles y vericuetos, y trepaban con una audacia increíble. ¡Si usted hubiera visto cómo se manejaban para pasar los ríos! Aquello daba risa: en un decir Jesús se ponía uno fuertemente agarrado a una piedra, saltaba otro y se le prendía de la cola, llegaba otro y hacía la misma operación, y así sucesivamente llegaban a la opuesta orilla, formando un extraño puente por donde

pasaban todos los demás con la mayor comodidad del mundo; excuso decirle que en aquella época no se ahogaba el último mono; pues para saltar de árbol a árbol ya habían llegado en esto al perfec-



cionamiento; la actual generación no ha adelantado un paso en este sentido: con aquella larga cola que tenían, formaban un anillo de resistencia, y se hamacaban haciendo infinidad de gestos, hasta que otro forzudo e intrépido cual gimnasta primitivo saltaba rápido, y con él, otros, hasta constituir

un racimo que, al columpiarse, llegaba hasta la rama del opuesto árbol; por allí se deslizaban los malditos para hurtarle el cuerpo a las alimañas del suelo.

—Un poco ramplona me parece a mí la relación —pensaba yo para mis adentros sin despegar los labios.

—La primera aventura que tuvieron con nosotros los patógenos, pero aventura seria, fue con el bacilo *anthracis*; sucedió que este amigo disfrutaba de la tibia brisa de un día de otoño, sentado encima del cuerpo de un mastodonte de gran talla, que deshecho en pedazos despedía un olor insufrible del que hace mención la historia; pues, señor, un corpulento mono que desprendía una extraña fruta de un gigantesco árbol tuvo la mala suerte de dejarla caer precisamente encima de la exuberante colonia del Antracis; el mono, que bajó con presteza, no tuvo la prolijidad de esterilizar la fruta, porque en aquella época no se conocía la propiedad del bicloruro hidrargírico, y al empezar a comerla, se produjo una erosión en los labios, ¡qué más quiso el Antracis!

Sin decir *oste ni moste*, aprovechó *la bolada* y se escurrió por allí para robarle una sustancia que tenía en la sangre y que le hacía mucha falta, es decir, el oxígeno: a las dieciséis horas, el

mono *había cantado para el carnero*, y con esto, se marcó otra de las épocas memorables que celebran los microbios patógenos cada siglo.

—Espera tífico, espera, entendámonos, no vayamos a confundir los frenos: ¿quién le enseñó al Antracis a producir el carbunco?

—¿Que quién le enseñó? ¡Vaya una pregunta tan singular! Nadie; ¿acaso ustedes enseñan a los recién nacidos a mamar y a respirar? Claro que no, porque eso es una propiedad esencial que ustedes tienen; pues de igual manera nosotros tenemos propiedades especiales; unos roban el oxígeno a la sangre determinando el carbunco, otros fabrican la tetanina y la espasmotoxina y ocasionan lo que ustedes denominan tétanos, otros... yo, por ejemplo, con mi industria de la tifotoxina les origino a ustedes un estado que han dado en llamar fiebre tifoidea, y así de todos los demás con sus propiedades esenciales, porque así como el perro nace sabiendo nadar, de igual manera nacemos nosotros sabiendo la fabricación de sustancias químicas, y con sólidas nociones de arquitectura.

—Pero acabas de decirme con la mayor naturalidad del mundo que los monos son nuestros ascendientes, nuestros padres; esto no creo yo que pase así tan lisa y llanamente como dices.

—Si tiene usted duda de ello —me contestaba con toda desvergüenza— no tiene más que echarse mano a la rabadilla y encontrará el rudimento de aquellas largas colas; mírese al espejo, y si no encuentra la semejanza, salga a la calle, contemple a la gente, todas las muecas y monadas, todas las particularidades de estos cuadrumanos, y se convencerá de que presentan ustedes la





condición hereditaria más exacta que pueda hallarse entre las diversas ramas del árbol zoológico.

—¡Si así fuera, si todos los monos se hubiesen transformado en hombres —exclamaba yo con este argumento contundente—, se hubiera acabado la raza de estos animales!

—¡No sea usted hereje, hombre, por los clavos de Cristo!... le he explicado las leyes del transformismo de una manera bien clara y no me entiende aún. Con ustedes pasó esto: después de la acometida del Antracis, fue tal el espanto que produjo entre los monos la muerte de que hice mención, que huyeron desparvoridos a las cuevas, y así dejaron también de ser devorados por las aves de rapiña y cuanto bicharraco los persiguiera sin tregua.



Hace notar la historia que en una extensa comarca no se encontraba un mono ni por un ojo de la cara, todos habían buscado refugio en el retiro cual nuevos anacoretas de la Tebaida. ¿Qué resultó?, que con el tiempo habían contraído otros hábitos, se habían puesto en condiciones diferentes, y por consecuencia, se modificaron sin cocerlo ni comerlo, sin sentirlo; así fue que cuando se atrevieron a salir de sus covachas y vieron a los monos, se asustaron de ellos, no dejándoles de causar risa aquella larga cola que ellos se habían dejado atrofiar: por supuesto que ustedes eran unos verdaderos *bichos feos* por aquel entonces y muy asustadizos, llenos de vello, largas las manos, abultado el hocico, deprimida la frente, y como dieron en solo usar las extremidades inferiores, se les desarrollaron el lomo y las caderas, hasta que con la sucesión de los siglos han ido poco a poco adoptando la forma que actualmente tienen, mientras sus compañeros, saltando de rama en rama, trepando ligeros por los árboles, escurriéndose por los precipicios, sin abandonar sus primitivas costumbres, permanecen tan baguales, sin que al mirarse en el espejo que ustedes les presentan por delante pretendan seguir sus huellas.

—¿Al salir de las cuevas, ya sentirían las enfermedades? —le preguntaba yo que no quería perder el hilo de mis investigaciones.

—Ya lo creo que sí; nosotros nos introducíamos en su organismo lo mismo que ahora, con el aire que respiraban, con sus alimentos, con sus bebidas, penetrábamos por las heridas, por su piel, por todas partes; pero como tenían entonces una gran resistencia orgánica, nos vencían con facilidad la mayor parte de las veces; tenga usted en cuenta que no se conocían las habitaciones reducidas, ni la falta de aire respirable, ni había aguas corrientes que abastecieran las ciudades, ni siquiera se conocían los restaurantes; no había teatros, ni tampoco recibos ni salas de conciertos; como aún no habían aparecido las droguerías, aunque abundasen los curanderos: ustedes bailoteaban que era un contento, haciendo piruetas y contorsiones, tiraban gruesas

pedras, manejaban gruesos garrotos, daban saltos descomunales, y como todo lo comían sin condimentos, y como no se conocían las propiedades del tabaco ni de las uvas, y como entonces no había surgido la moda, ni menos los corsés ni corbatines, gozaban ustedes de una fuerza muy digna de tenerse en cuenta; fuerza orgánica que se traducía en resistencia contra nosotros los microbios, que salíamos burlados la mayor parte de las veces que los atacábamos. Poco a poco, han ido ustedes perdiendo estas condiciones, y la consecuencia es que seamos nosotros los favorecidos. En la cuestión de enfermedades, todo es debido a la falta de resistencia orgánica que, como usted sabe, es la condición indispensable para que podamos desarrollar nuestras facultades microbianas.

—Todo esto no deja de ser una verdadera perogrullada —replícala yo, que comprendía lo que quería decir el bacilo, pero este, al parecer sin darse por entendido, prosiguió diciendo:

—Mire el bacilo de la tuberculosis; penetra muy frecuentemente por medio del aire en el aparato respiratorio, ya sabe que el esputo desecado y en forma pulverulenta es el principal abastecedor; si este bacilo da con un individuo que esté debilitado, que tenga un catarro por ejemplo, es lo más frecuente que se instale en cualquiera parte del árbol aéreo, la cuestión es colonizar, y coloniza con más o menos comodidad, o más o menos prontitud, la tuberculosis está ya constituida; pero si el bacilo al penetrar por intermedio del aire encuentra un individuo con bastante resistencia orgánica, con un aparato respiratorio fisiológicamente constituido, al ponerse en contacto con la mucosa, el pobre bacilo de la tuberculosis pagará el pato sin remedio, será aprisionado por la guardia de seguridad pulmonar, o sean las células del epitelio, y servirá de alimento, como sirven hasta las partículas sólidas que pululan en la atmósfera: todos los microbios aspirados quedan prisioneros, y desaparecen, pues ninguno sale con la aspiración, absolutamente ninguno por gaucho que sea; la tuberculosis en este caso no ha podido tener lugar, por

haberlo impedido la resistencia orgánica, merced a la cual no ha desaparecido la especie humana por este microbio.

—Eso es cosa demasiado sabia —decía yo que no podía permitir que el tífico me creyera tan ignorante.

—Pues no crea usted que es cosa tan sabia, muchos ha de encontrar que crean a pies juntillos que la tuberculosis solamente puede transmitirse por herencia; no quieren convencerse de que el bacilo como cualquiera otro se introduce en la leche, en cualquiera sustancia, y que penetra hasta por una picadura, por una erosión, por cualquiera parte.

—Bueno, bueno; cosas son estas demasiado sabidas para repetir las tanto; pasemos a otro punto.





## VII

Sumario. — PRIMEROS MICROBIOS INMIGRANTES DEL PAÍS ARGENTINO. — LA SÍFILIS. — DIVERSIONES DE LOS MICROBIOS. — HISTORIA. — KIRCHER. — LEEUWENHOEK. — ETERNO AGRADECIMIENTO DE LOS MICROBIOS A LA HOMEOPATÍA. — CAGNIARD LATOUR. — PASTEUR. — DAVAINÉ Y POLLENDER. — KOCH. — EL CÓLERA Y LA ASISTENCIA PÚBLICA. — DESENCANTO. — PREDICCIONES DEL BACILO TÍFICO.

—¿Podrías decirme con seguridad cuándo arribasteis a este país?  
—preguntaba yo deseoso de conocer este punto tan interesante.

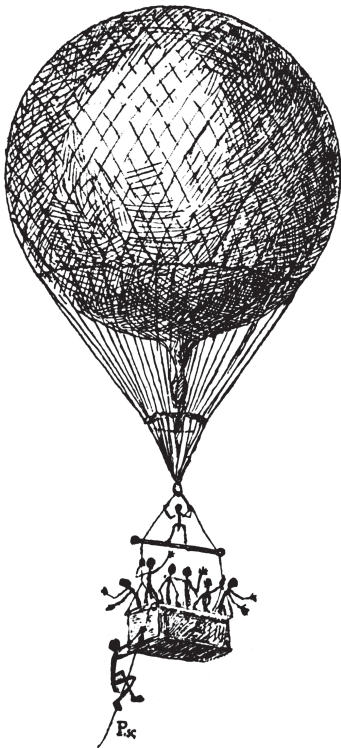
—Le diré a usted —me contestaba con la mayor frescura—; arribamos de una manera lenta, como debe arribar toda inmigración que quiera hacer progresos: esta parte del mundo, como usted sabe, estaba ocupada por un inmenso mar; una revolución geológica elevó el suelo, dejando así constituida la tierra argentina; pero como en los primeros tiempos no era posible el prever su estabilidad, porque tan pronto aparecían como desaparecían islas de igual naturaleza, pasó algún tiempo antes de arriesgarlos; pero visto que la tierra estaba firme, llegamos por muchas vías; unos vinieron montados en troncos de vegetales, pasando penurias y privaciones que no son para contadas, estableciendo las primeras colonizaciones en las riberas y playas; otros hicieron una larga travesía por el estrecho de Bering, entrando con algunos de ustedes que se colaron en época muy remotísima, y se encontraron tan solos como Robinson en su isla; y como estos hombres no estaban muy civilizados que digamos, y por sobrarles la inmensidad de las pampas, se hicieron cada día más salvajes, hasta que llegaron a ser indios, tal cual los encontraron los españoles en su célebre expedición; otros más atrevidos llegaron como intrépidos aeronautas, arrastrados por las corrientes

superiores de la atmósfera: todos ellos recibieron gran contento, al encontrarse con una tierra que les brindaba medios fáciles de multiplicación; todos estos microbios, por más que han querido acriollarse, como se acriolló el microbio de la fiebre amarilla en el Brasil, han conservado sus primitivas costumbres, sin modificarlas en un ápice, como si fueran ingleses pobladores de la campaña: otros, por último, han sido importados como los animales de raza, como el bacilo de la sífilis, el de la difteria, y tantos y tantos como producen las enfermedades epidémicas; no siendo pocos los que no pueden resistir la aclimatación a quienes no les sienta el país, como al del cólera por ejemplo.

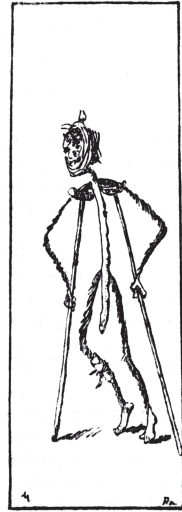
—No, espere —le decía yo, que no quería pasar adelante sin dilucidar el asunto de la sífilis—, se dice que cuando los españoles llegaron a estos pagos, contrajeron esta enfermedad, que no tardaron en transportar a Europa.

—Ríase usted de lo que digan a este respecto y créame a mí —decía en tono de convencimiento el bacilo tífico—, nosotros recibimos aquí al sifilítico, con todos los honores que le correspondían por su alta jerarquía, y más todavía al verlos en desgracia, porque los soldados de Colón los trajeron para que aquí, como si fuese un presidio, penaran las faltas que habían cometido en el antiguo mundo.

—¿Cómo se explica entonces aquella extraordinaria virulencia de la sífilis en la época del descubrimiento de América?



—Se explica de la manera más sencilla del mundo; así como el soldado bisoño a quien no le falta el rancho y está lleno de municiones entra en acción lleno de bríos y de coraje, con un ímpetu digno de Marte, llamando la atención de sus jefes y compañeros; así las primeras excursiones del sifilítico fueron verdaderamente heroicas, hasta llamar la atención del mundo todo; con el tiempo se han hecho veteranos, y ya más cuidadosos, si bien no les falta valor, en cambio son más prudentes, y desde sus posiciones cumplen con su deber, sin salir llenos de ardimiento hasta penetrar en el campamento enemigo: el sifilítico estaba en Europa algún



tanto cansado de sus largas campañas, pero lo traen al Nuevo Mundo, y con los baños de mar sin duda, y con la permanencia en estas regiones, restablecieron de tal manera su salud, que al regresar a España con una expedición, y al entrar de nuevo en campaña, fue tal el brío con que acometió, y era tal su osadía para meterse en todas partes, que lo desconocieron como a Rocambole, y dieron en decir que era un guerrero indio, que había llegado con los soldados de Colón; ¡ya ve usted si nosotros estaremos interiorizados en estos asuntos!... Antes de la atrevida expedición causaba el bacilo sifilítico lo que se conocía en Europa con el nombre de mal gálico, mal francés, mal napolitano.

—Es cierto —afirmaba yo—, es un asunto completamente resuelto. ¿Así que vuestra tarea es solamente la de hacer daño?

—Los patógenos, señor; ya le he explicado a usted cuál es su habitual ocupación y en qué consiste ese decantado daño que causamos, pero también tenemos nuestros ratos de solaz y entretenimiento.

—¡Hombre! Esto será en extremo curiosísimo, el descubrir hasta las diversiones de los microbios, los recreos de los microorganismos; esta será la gran novedad del día cuando yo lo publique.

—No crea usted, señor, que nosotros tenemos teatros, ni salas de conciertos, ni frontones, ni hipódromos, ni menos corridas de toros, nada de esto; ni siquiera hemos implantado entre nosotros los recibos ni téis sociales; nuestras verdaderas diversiones se han reducido a observar por muchos años el curioso papel que desempeñaban ustedes los médicos en presencia de las enfermedades: antes de Kircher, aquel sabio jesuita del siglo XVII, y del célebre Langius, que barruntaron los *moros en la costa*, o lo que es lo mismo, que la causa de las enfermedades pestilentes debía encontrarse en seres invisibles que flotaban en la atmósfera, todo era atacar al intestino con unas tan ridículas sustancias que venían a proporcionarnos un excelente riego para nuestras colonias en la gran mayoría de los casos: nosotros que estábamos acechando todos los movimientos de los galenos, por si acaso llegaban a dar en la tecla, nos reíamos a mandíbula batiente de aquellas explicaciones en latín macarrónico, y pasábamos inadvertidos, aunque les hiciéramos piruetas en la punta de sus narices; desde esta época no dejamos de pasar nuestros sustos, porque aquel Leewenhoek, el holandés que arreglaba unas malas lentes, para buscar algo que olía como buen perro de presa, encontró unas levaduras que se movían, y puso el grito en el cielo con tal descubrimiento; pero felizmente gritó en balde: pasamos como un siglo contemplando las tisanas y las cataplasmas, las pócimas y los ungüentos, que como espantajo ponían al enfermo para curar las enfermedades, al símil del cándido hortelano, que para ahuyentar a los gorriones de sus almárgos, coloca un palo vestido con un par de pantalones viejos, un saco y un sombrero encima en forma de cabeza; los gorriones se ríen de su candidez, y no por eso dejan de ir tranquilos para sacar las semillas; así nosotros nos reíamos de muy buena gana y hacíamos nuestro agosto. Diga usted, ¿no se reiría si para perseguirme a mí en el cuerpo de un tifoideo, hicieran





salir sangre y más sangre en busca de la costra inflamatoria y se empleara idéntico procedimiento con el neumococo de la pulmonía? Claro que sí, porque no se pueden presenciar estas cosas sin risa; ¡cuánto no tenemos que agradecerles a esos procedimientos, a las benéficas cataplasmas y a los nutritivos ungüentos!

—No me parecen muy del caso estas consideraciones retrospectivas —exclamaba yo al verle engolfado en el capítulo de los agradecimientos, que por cierto no me hacían ninguna gracia.

—Pues son muy del caso, señor: ¿acaso quiere usted que nosotros no seamos agradecidos con la homeopatía, esa ciencia fina y cortés, al mismo tiempo que en alto grado política? Sí, señor, política en alto grado, porque bajo el pretexto de ayudarles a ustedes en sus apuros, los dejaba en nuestro poder sin molestarnos, sin causarnos el menor daño con sus glóbulos y sus tinturas: ella presenciaba estoicamente la reñida lucha en que estábamos empeñados, y nunca se dio el caso, que como Duguesclín en los campos de Montiel ayudara a su señor aunque ni quitara ni pusiera rey, no señor; ha sido fielmente neutral, y siempre tendremos que estarle agradecidos.

—Déjate de homeopatías que no vienen al caso y sigue con tu interesante narración —decía yo al bacilo tífico, que se estaba saliendo del tiesto con demasiada frecuencia.

—Pues como iba diciendo, ya sabe usted que Hertel de Hassé inventó el microscopio compuesto en 1715; esto fue lo bastante para que Cagniard Latour y el tudesco Schwann se aprovecharan de la invención, y pescasen en *in fraganti* delito de reproducción a las levaduras aquellas de que hizo mención el holandés;

lo que no quita para que vuestro gran Pasteur, a quien tenemos el más reconcentrado odio, fuese el primero en sacarnos a la vergüenza pública, y quien como un activo agente de pesquisas de la policía nos persiguiera por todas partes sin darnos tregua ni descanso: ¡cómo gozábamos nosotros con las entendederas de los impugnadores de Pasteur!, ¡cómo nos reíamos de aque-



llas célebres discusiones! Nos ponía poco menos que en cueros delante de su vista, y aquellos académicos ni con telescopio nos hubieran encontrado; tal era su ceguera y empecinamiento. Desde que Davaine y Pollender encontraron al bacilo *anthracis* en el cuerpo de un carbunco, o pústula maligna, o grano malo, como dicen ustedes en esta tierra, nuestra reputación se hizo universal, aunque abundaran en todas partes los incrédulos y

los ignorantes; y como sucede en todas las cosas, desde que nos hicimos populares y las trompetas de la Fama llevaron nuestro nombre por todo el mundo, ya no es posible estar un momento tranquilos: entre Pasteur y Koch y toda la inmensa caterva que los sigue en número incontable, han dado en la manía de organizar batidas y más batidas, como quien va a caza mayor, llenos de escuchas y de espías, de jaurías y trampas donde nos cazan como chingolos, aunque nos agazapemos y escurramos el bulto; y gracias que todavía hay crecido número de individuos que no hacen caso de nosotros, que siguen los antiguos procedimientos curativos y que no quieren vernos aunque nos tengan delante; pues de lo contrario sería para liar el petate y buscar otros medios de vivir.

—¡No sería para tanto, hombre! ¡No sería para tanto!... —decía yo al tífico, que por lo visto se iba desanimando.

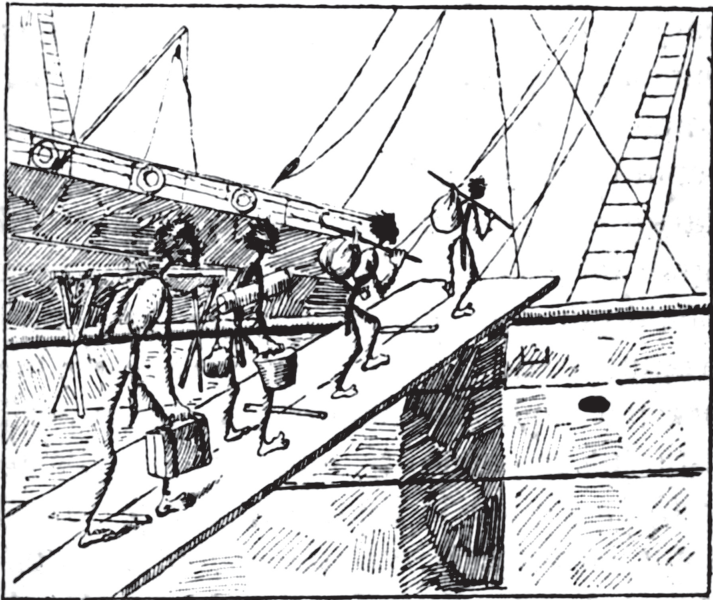
—Acuérdese usted cuando pescaron en Buenos Aires el bacilo coma el año ochenta y seis; ¡aque-  
llo sí que era divertido! La mayor parte creía que eran invenciones; unos decían que los bacilos eran coludos y saltones, otros que eran ñatos; y mientras tanto nosotros hicimos lo que quisimos, es decir, miento; hubiéramos hecho una que fuera sonada, si no se hubiese entrometido la Asistencia Pública, que nos persiguió con un encarnizamiento tal que nos fue forzoso salir por las provincias, donde hicimos nuestro real gusto al principio; porque después cayeron sobre nosotros como perros de presa, y sucumbió el bacilo coma, dejando sembrado con sus osamentas ríos y acequias, campos y bañados. En este país se va haciendo muy



precaria la vida para nosotros; a pesar de tanto indiferente, se nos acosa por todas partes; ya no hay casa donde no tengan filtro de Chamberland o hiervan el agua; ya no hay sitio donde no se usen las soluciones antisépticas y empleen los mayores miramientos contra nosotros; ya se acabó aquella antigua confianza; todo es pura etiqueta, como para romper las relaciones que antes teníamos tan cordiales.

—No me parece —exclamaba yo sin poderlo remediar.

—¿Que no lo cree? No hay caso de fiebre tifoidea en que no salga a relucir el agua para ser analizada; no bien tose un ciudadano con alguna frecuencia y al momento salen a bailar los esputos para caer en las soluciones colorantes, buscando algo y persiguiendo al bacilo de la tuberculosis; no bien aparece una placa dudosa en la garganta, cuando inmediatamente es llevada al laboratorio en busca del diftérico; tan pronto como aparece el pus, en el acto se le somete a la más minuciosa investigación, para ver si tiene o no el gonococo, ese perillán calavera y muje-



riego, el estreptococo piogénico o algún otro de su calaña; no bien se patentiza algún líquido en alguna cavidad, ya está la investigación de por medio; lo que dije antes, lo repito ahora: a fuerza de desinfecciones, a fuerza de manejar bien las estufas de esterilización, a fuerza de constantes pesquisas, va a llegar un día en que los microbios patógenos no podamos ganar el pan en Buenos Aires, y tengamos que salir zumbando de aquí, echando sapos y culebras por nuestra boca.

—¡No será para tanto, desgraciadamente!... —observaba yo con pena.

—Ya lo verá usted: que se cumplan las ordenanzas municipales, que se terminen las cloacas, que nos den el agua bien filtrada, que se termine de una vez el puerto, que se hagan desaparecer los conventillos, que se sanee la Boca, que se difundan los conocimientos de bacteriología y de higiene, y ya podemos darnos por muertos, si antes no emigramos a otra parte.





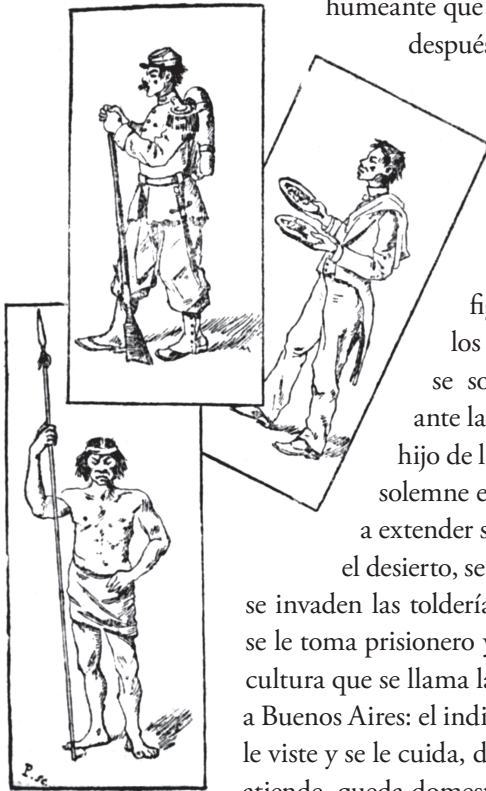
## VIII

Sumario. — MECANISMO DE LAS EPIDEMIAS Y ENFERMEDADES. — SU MODO DE TERMINAR. — VACUNAS PRESERVADORAS. — LA FIEBRE RECURRENTE. — CUESTIONES QUE RESOLVER. — BOMBA DE DINAMITA. — INTERRUPCIÓN.

**P**ues, señor, el bacilo tífico llevaba trazas de no concluir con sus lamentaciones, que ni venían a cuento, ni eran para mí interesantes, y así para desviarlo del camino que había emprendido, me apresuré a decirle:

—Tendría un verdadero placer en conocer el mecanismo de las epidemias, el mecanismo de una enfermedad, porque hasta aquí comprendo la producción morbosa, me explico el curso de ella y hasta la muerte que ocasionan; pero lo que no me explico ni comprendo es la desaparición de las enfermedades, la extinción de las epidemias.

—Uno de los puntos que más difíciles les han parecido a ustedes —contestaba el bacilo tífico—, y de los que tanto nos hemos reído nosotros, es el de la desaparición de las enfermedades y de las epidemias, cosa para muchos inexplicable, imposible de resolver, y tenido como uno de los más profundos misterios de la ciencia médica; no han tratado de descifrarlo, aun cuando tuviesen un ejemplo patente por delante: escúcheme con atención y verá. Salvaje el indio en sus tolдерías, feroz en sus instintos y sanguinario por atavismo, corría veloz por la solitaria pampa, libre como el águila, sin más ley que su deseo, y dueño de la naturaleza que estaba sumisa al capricho de su poderío; inquieto como fiera solo pensaba en correrías y en empresas atrevidas y arriesgadas, y así llevaba el malón a las cercanas estancias y poblaciones vecinas, donde robaba las haciendas, cautivaba a los habitantes que no podían resistirse, lanceaba sin piedad, gozándose en la sangre roja y



humeante que excitaba sus apetitos, y después del robo y del saqueo, incendiaba las poblaciones llevado de su instinto salvaje de destrucción: el corazón más valeroso temblaba ante la figura del indio, y hasta los animales domésticos se sobrecogían de espanto ante la proximidad del salvaje hijo de la pampa. Suena la hora solemne en que la civilización va a extender su obra de progreso por el desierto, se traspasan las fronteras, se invaden las tolderías, se acorralla al indio, se le toma prisionero y se le trae al centro de cultura que se llama la República Argentina, a Buenos Aires: el indio en poblado, donde se le viste y se le cuida, donde se le educa y se le atiende, queda domesticado enseguida, y ahí tiene usted sirviendo como buen veterano en las filas del ejército para defender su patria al que tantas y tantas veces atacó con rabia y heroísmo; ya le tiene usted ocupado en las faenas de la agricultura al que antes impedía toda obra de progreso, y ya le tiene usted dentro de las casas de familia, cuidando a los confiados niños que antes degollaba sin piedad, o cortaba las plantas de sus pies para que así no pudieran escaparse de sus toldos; el indio desapareció, y queda el indígena sumiso y obediente, incapaz de producir los actos bárbaros y salvajes que antes eran toda su delicia. Así, de esta misma manera —proseguía con calor el bacilo—, el microbio patógeno, en la virulencia de su máxima prepotencia, tala y extermina, destruye



y hace estragos, ocasionando una epidemia que llena de espanto a una comarca, o a un continente entero, como el salvaje en el inmenso desierto que estaba sujeto a su capricho; pero viene el momento en que al microbio epidémico llegan los reflejos de la civilización, o lo que es lo mismo, los elementos todos de la organización que con sus fuerzas de resistencia, de agotamiento y de neutralización, poco a poco atenúa los instintos salvajes y sanguinarios del microbio, y poco a poco le hace perder sus hábitos de destrucción, como por ejemplo al cólera de las gallinas con solo recibir el lábaro sagrado del oxígeno, otros como al del carbunco con la temperatura sostenida de 42° o con el bautismo del ácido fénico o sulfúrico en proporción adecuada, otros como al espirilo de Obermeyer con la temperatura que ocasiona la fiebre remitente; así se calman sus malos instintos, hasta quedar reducido como un indio agricultor; y otros, por fin, al recibir un baño de sangre, quedan atenuados en sus feroces inclinaciones como le sucede al *rouget*, que asemejándose al indio ya civilizado, no solamente ha perdido sus instintos sanguinarios, sino que sirve para constituir preciosas vacunas presentadoras que evitan el desarrollo de la enfermedad que antes provocaba, como el indígena con el arma al brazo defiende a la patria argentina en los cuerpos de línea y en los buques de la Armada.

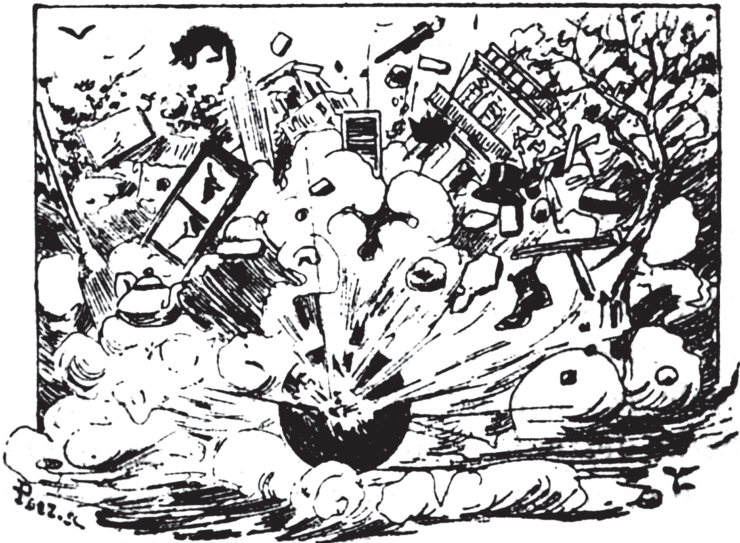
—No me parecen muy claras tus explicaciones —le decía yo con ruda franqueza al bacilo tífico.

—Pues señor, a mí me parecen lo más claras del mundo —insistía con calor—, un microbio virulento ocasiona con sus propiedades esenciales una epidemia dada, ataca los organismos débiles, y como encuentra en derredor de sí modificaciones en el aire, en la luz, en los elementos de los tejidos, llega un momento en que, faltándole el alimento apropiado, muere por extenuación, ha dejado un campo parecido al que abandonan los puesteros ingleses en la campaña: floreciente y abundante, el trébol y la gramilla reciben en las ciento veinte cuerdas una crecida majada de ovejas que no pueden salir del estrecho límite de su demarcación; comen hasta

agotar el último tallo; con el recargo de tanto animal se destruyen muchísimas plantas, y llega un momento en que las pobres ovejas escuálidas y famélicas sucumben sin remedio, si no se les saca de aquel reducido trecho; el nuevo ocupante del campo le encontrará talado, allí ha puesto su planta un arrendatario inglés, el pastoreo se hará imposible por algunos años.

—Por los clavos de Cristo, te pido de una vez por todas que te dejes de divagaciones y vayas derecho al bulto —exclamaba yo medio aburrido con las elucubraciones poco gráficas del bacilo—. ¿O sabes o no sabes en lo que consiste la desaparición de una enfermedad?

—Pero, señor, si hasta los niños de nuestras escuelas lo saben, ¿cómo quiere usted que yo lo ignore? Le repetiré la misma melodía en tono diferente. El microbio que ha causado una enfermedad tiene que sucumbir, o sale fuera del organismo: ya le dije que los elementos de nuestra organización luchan a brazo partido para exterminarlos, y así unas veces con el estado bactericida, o lo que es lo mismo, la neutralización de las propiedades del microbio,



operada por nuestros humores, viene a dar el mismo resultado, que la unión de dos alcaloides vegetales que como la atropina y la morfina se neutralizaran sus efectos; de igual manera en muchas circunstancias las ptomaínas de los microbios son neutralizadas por las leucomaínas de nuestras células orgánicas. En otras ocasiones basta para matar al microbio el resultado de la lucha fagocitaria, o lo que es lo mismo, la victoria del cuerpo de su seguridad personal de que ya le hablé a usted. Otras veces se crean los microbios un medio ambiente completamente inadecuado para su vida y reproducción, como le sucede por ejemplo al neumococo productor de la pulmonía, que al ocasionar la alteración en el pulmón, se cava allí mismo su sepultura; por eso desaparece desde el sexto al séptimo día, dejando solamente patentes los estragos que ha causado.

—¿Cómo es esto? —interrumpía yo que deseaba una explicación aún más clara.

—Pues le ocurre sencillamente lo que a un individuo que estuviere encerrado en una habitación, y que recibiera su alimento por arte de *birlibirloque*; va depositando en el suelo los residuos de su intestino y de su vejiga, estos entran en fermentación y, aumentado poco a poco, vician el aire, destruyen el oxígeno y producen el ácido sulfhídrico y el amoníaco, que vienen a ocasionarle la muerte por asfixia de una manera inevitable: pues de igual manera desaparecen muchas enfermedades, por haberse creado los microbios un medio ambiente inapropiado. Les ocurre a otros una circunstancia bien rara por cierto; ocasionan un efecto que está en contraposición con sus condiciones y propiedades; dígalo si no el microbio de la fiebre recurrente; solo es posible su cultivo a una temperatura oscilante de ocho a once centígrados, pues una superior impide su multiplicación; pero penetra en la sangre, o por medio del agua subterránea o por la picadura de un mosquito o pulga o chinche, y arma allí tal revolución que eleva la temperatura del enfermo hasta cuarenta o cuarenta y un grados, y ya tiene usted a Periquillo hecho

fraile, porque este aumento térmico está en contradicción con sus medios habituales de vida, y como no es cosmopolita como el hombre, que puede vivir en todas las zonas, para no sucumbir en esa especie de horno que se crea, concentra todas sus fuerzas como pudiera concentrarlas un general que viese acometido a su ejército por todos sus flancos; es decir, esporula, y con esta esporulación desaparece el enemigo, y por consecuencia desciende la temperatura a su cifra fisiológica; al cabo de unos días, el esporo que circula por la sangre entra en evolución y da lugar al espirilo, el que tan pronto como ha salido a relucir ocasiona otro acceso de fiebre con sus consecuencias indispensables, y por tres o cuatro veces se repite la faena, hasta que sin encontrar ya el alimento que necesitaba, y por la temperatura que provoca, queda desfallecido y muere vergonzosamente, para que el organismo lo arrastre por el sudor, o lo eche a su *water-closet*; es decir, lo elimine por la orina dejando un estado fisiológico, y con esto terminadas las bases de esta enfermedad.

—Esto ya es otra cosa —decía yo después de escuchar las razones del bacilo tífico—, ¿ve usted? Así se entiende la gente, sin andar en divagaciones inconducentes.

—Es que son precisas, señor; pues para explicar estas cuestiones en lenguaje liso y llano, sin profundizarlas, y rehuendo del tecnicismo científico, forzoso es el divagar, y valerse de términos comparativos por más estrafalarios que parezcan.

—Pues, señor, hemos hecho un barullo tal con todas estas cuestiones que como cual madeja enredada será muy difícil encontrarle el hilo; procedamos con método, así nos vamos a entender mejor.

—Como usted quiera, pero me interrumpe a cada paso y no es posible seguir con orden —contestaba muy respetuoso el bacilo tífico.

—Bueno, lo principal es ponerse de acuerdo en lo más interesante; tengo necesidad de saber muchísimas cuestiones trascendentales, que son objeto de los estudios del día, como son



en qué consiste vuestra atenuación para que podáis servir de vacunas preservadoras, si en verdad causáis todas las enfermedades conocidas, y cuáles son los microbios que las determinan, cómo y dónde se les puede encontrar, cómo se les puede destruir, y antes que se me olvide, porque es muy interesante, que me digas cómo debo hacer la verdadera clasificación microbiana, que no nos es posible formar, y yo

desearía presentar cuanto antes a mis alumnos de Bacteriología; necesito también...

—Señor, señor.

¡Ave María purísima! Qué efecto tan bestial sentí en mi organismo en aquel momento; parecía que me habían martillado en los tímpanos, como si hubiese estallado una bomba de dinamita a mis pies, como si se hubiese hundido el cielo.

—Señor, señor Doctor —me decían sacudiéndome rudamente.

Yo permanecía como alelado, me zumbaban los oídos, estaba sin darme cuenta de nada, apoyada la cabeza sobre la mano y el codo sobre la mesa; cuando pude volver la cabeza y al salir del estado en que había estado sumido, me encontré a oscuras con un individuo que seguía sacudiéndome.

—¿Qué es esto, señor Doctor? —decía—, ¿qué hace usted aquí sin luz desde hace tanto tiempo, trabajando a oscuras? Lo

he visto hace mucho rato, y como creía que se había quedado dormido, por eso he venido a despertarle.

—¿Qué? —preguntaba yo sin saber lo que decía.

—Digo que si a usted le ha pasado algo, si está usted enfermo —insistía el desconocido con el mayor cariño del mundo.

Viendo que yo no contestaba, porque en realidad no podía contestar, ni entendía una palabra de lo que me decía, siguió sacudiéndome rudamente, me daba friegas en las manos, me desabrochó, me quitó la corbata, me roció la cara con agua fría, me dio a beber no sé qué, llamó y gritó con toda la fuerza de sus pulmones, vino gente, me trajeron y llevaron, me pusieron acostado encima de una mesa de trabajo, se armó un alboroto de trescientos de a caballo, y hasta pasado un rato largo no pude coordinar mis ideas.



## IX

Sumario. — EL PODER DE UN SERENO. — ALBOROTO. — SÍNTOMAS DE LOCURA. — ESCENA FAMILIAR. — SUEÑO IMPOSIBLE. — RETORNO A LA SALUD. — LA PLACA DE GELATINA. — ROTAS LAS RELACIONES CON LOS MICROBIOS, INUTILIDAD DE LOS PROCEDIMIENTOS. — EL PORQUÉ DE LAS *INVEROSIMILITUDES*.

**E**ra como para desesperarse, cualquiera hubiera hecho una barbaridad en mi lugar; estar por completo entregado al estudio más interesante que he conocido; estar ocupado en la dilucidación de las más trascendentales cuestiones de la época presente; estar escuchando unas revelaciones que causarán asombro; llegar precisamente al momento solemne de escuchar de labios autorizados la resolución de los más grandes problemas bacteriológicos, y... ¡ser interrumpido groseramente! Era para echar a garrotazos al impertinente y entrometido individuo, que en mal hora había llegado para privarme del mayor placer, del mayor goce, de la más grande satisfacción que yo hubiera podido ambicionar. Lo que había sucedido era esto: transportado yo al mundo microscópico, embebido por completo, reconcentrado mi espíritu en las graves cuestiones que estábamos tratando, no tuve noción ni conciencia del tiempo, pasaron las horas, vino el crepúsculo, llegó la noche, quedé a oscuras el laboratorio, se encendieron los faroles del patio, y el sereno de la Asistencia Pública empezó su acostumbrada ronda, me vio junto a la ancha vidriera en la postura que había adoptado mirando al microscopio, y aun cuando le extrañara verme sin luz, pasó de largo; dio otra segunda vuelta, me vio inmóvil sin que hubiese cambiado de posición, lo que ya no solamente le llamó la atención, sino que le obligó a observar por un rato, tuvo deseos de entrar al laboratorio, pero le contuvo el respeto quizás; aguijoneado por la curiosidad, llegó otra vez delante de la vidriera y no tuvo duda de que yo o estaba

durmiendo, o me encontraba muerto: entró el hombre y me sacudió con fuerza, dio voces de auxilio, me rociaron la cara, me hicieron no sé qué, y cuando recobré el uso de mis sentidos, me encontré rodeado de gente; el director de la Asistencia, un médico interno, dos escribientes, el telegrafista, y qué sé yo cuantos ordenanzas.

—¡Pues sabe que se ha lucido usted!... —me decía el director, creyendo a pies juntillos que yo me había quedado dormido encima del microscopio.

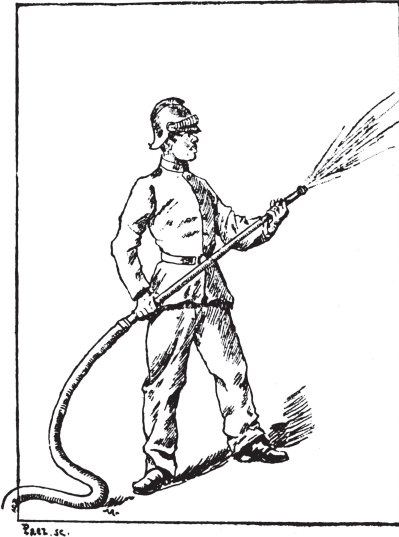
—No lo crea usted; si yo no he dormido; al contrario —contestaba yo—, estaba más despierto que nunca.

—Pues sería mirando al microscopio, con algún magnífico foco de luz que se habrá guardado en el bolsillo —replicaba aludiendo a la oscuridad de la sala de trabajos.

—Pues le repito a usted que no dormía.

Yo observaba que se miraban unos a otros, como extrañados de lo que yo decía.

—Pues entonces ¿qué hacía usted aquí y en esa postura, mi querido amigo? —volvía a replicar, al mismo tiempo que me tomaba la mano y me examinaba el pulso.



—Ya le diré yo lo que estaba haciendo, y se convencerá de que estaba más que despierto, ocupado en un asunto que puede darle mucho nombre al laboratorio.

Otra vez se cruzaron las miradas y se frunciéron las cejas, cosa que no pasó para mí inadvertida; sin duda debieron creer que había enloquecido, y por eso me guardé yo muy bien de ma-





nifestar que había estado en íntimo coloquio con los microbios; pues de seguro que si tal digo me meten en una ambulancia y me llevan a la casa de locos sin poderlo remediar.

—Bueno, bueno, ya hablaremos de eso —decía el director como compadecido de mi estado, y para no contradecirme—, ahora es preciso que le llevemos a su casa.

—¡A mí! —preguntaba yo sorprendido.

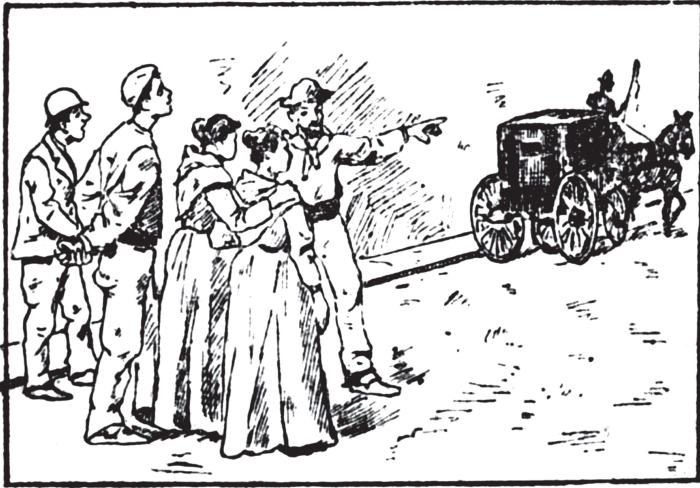
—Sí, mi amigo, a usted —insistía el director—, porque no se encuentra muy bien; ¡vaya!... levántese y vamos, porque yo voy acompañándole.

No quise oponer resistencia, me levanté y apenas podía caminar; la cabeza me pesaba lo que no es decible, y sentía un no sé qué inexplicable.

—¿Lo ve usted como no puede tenerse en pie? —decía al ver el estado en que yo me encontraba—. Tome mi brazo, apóyese porque si no va a caerse.

—No; espere un momento —exclamaba yo tratando de sustraerme a aquellos férreos brazos que me sujetaban por la cintura—, espere para guardar la placa —insistía yo que solo pensaba en aquella preciosa reliquia, en la que se encontraba todo mi porvenir, mi nombre, mi fama, y tal vez mi fortuna.

—¡Vaya, déjese de locuras! Végase con nosotros.



—Le pido por lo más sagrado que me permita poner esa placa en la heladera —le decía yo en tono suplicante.

—Ya se pondrá después; lo primero es llevarlo a su casa.

—¡Por sus hijos! —decía yo tratando de desasirme y agotando mis fuerzas.

—¿Qué importa ahora la placa? Vaya, sea razonable —decía apretándome con más fuerza, y tal vez convencido de que se las había con un loco rematado.

—¡Es que la placa puede liquidarse y se va a perder un tesoro!

Quise que no quise, me levantaron en el aire, mientras yo lloraba de coraje y me ahogaba de rabia, al verme impotente para resistir.

—La placa que yo estaba examinando... ¡esa placa!... ¡por los clavos de Cristo!... que la pongan en la heladera para que no se liquide —gritaba yo con voz ahogada, mientras me sacaban por el patio.

No hubo remedio; me metieron en un coche, se agolpó la gente de la calle, hicimos la travesía sin yo poder despegar los labios, llegamos a mi casa, se causó el susto consiguiente a mi familia, y me dejaron por último en la cama, donde me encon-

traba postrado y maltrecho, sin fuerza alguna, como si hubiera desaparecido el estímulo nervioso de mis miembros.

Mi esposa y mis hijos me rodeaban con tierna solicitud afligidos y acongojados, sin saber de lo que se trataba; en vano interrogaban a todos por lo que me había sucedido; pero como se les contestaba con medias palabras, y con la frase sacramental de *esto se pasará pronto, no tenga usted cuidado, señora*, la alarma crecía más y más.

—¡No hagas caso!... —gritaba yo, creyendo que le decían a mi esposa que yo estaba loco o poco menos—. No les hagas caso —volvía a gritar con más fuerza, para que me oyese desde la habitación inmediata, donde anegada en llanto, pedía suplicante le dijeran qué es lo que yo tenía y lo que había pasado.

Aquello era una escena de desolación; mi hija no podía desprenderse de mi cuello; mis hijos en torno de la cama lloraban sin consuelo; mi mujer, loca por el dolor, iba y venía, me acariciaba, me asediaba a preguntas; en una palabra, mi casa estaba convertida en una verdadera casa de Orates, y eso que yo me había guardado muy bien de soltar prenda, ni de referir nada de la íntima conversación.

Llegó la familia toda, vinieron los amigos, y como yo no tenía acción ninguna, tuve que soportar la medicación que se acordó en solemne congreso médico aquella noche: sinapismos, purgantes, *clisterium*, hielo a la cabeza, inyecciones hipodérmicas, y todo cuanto quisieron mandarme.

¿Quién hubiera podido dormir con aquella escena y con aquellos procedimientos? Pues para que todo estuviese en consonancia, para que todo fuese inverosímil, me dormí como un cachorro, sin sentir el cuchicheo de los que me velaban: soñé con que mi nombre resonaba por todo el mundo, que había resuelto todas las cuestiones bacteriológicas, que me llamaban el salvador de la humanidad, que se hacía una suscripción nacional de honor para una estatua de oro en que se me representaba como un Dios que esparcía la luz de la ciencia por todo el

mundo; que estaba recibiendo los homenajes de todos los sabios, que aquí habían venido cual modernos reyes magos, a rendir pleito homenaje al Mesías de la ciencia; que el laboratorio estaba circundado ya por una espléndida verja de oro y piedras preciosas, como el monumento más notable de la época de donde había salido la luz de la verdad; mis hijos eran aclamados a su paso por la muchedumbre, y la República Argentina y España se habían engrandecido y estaban orgullosas de mi nombre.

Aquello parecía una realidad, porque yo escuchaba las aclamaciones de la multitud, sentía los apretones de los amigos, veía el asombro y la veneración que yo causaba, oía bien distintamente las músicas que tocaban la marcha real y el himno argentino; todo se me hacía verdad, y tanto más, cuanto que al vacilar yo en que estuviese soñando, me pellizcaba y sentía el dolor propio del pellizco.

—No hay duda —decía yo—, no estoy soñando; es que al revelar las verdades bacteriológicas me han tomado por el sabio más profundo en que puede soñar la imaginación.

Esto no dejaba de causarme cierta especie de rubor, porque en verdad yo no era sabio ni cosa parecida; sino un pobre diablo, bacteriólogo ramplón, que había hablado por boca de ganso: tentado estuve de revelarlo todo para que no me tuvieran después por un charlatán vulgar, pero el amor propio se reveló en mí, y con tal de no perder la gloria que estaba disfrutando, me sellé los labios, y recibía con complacencia aquellas grandiosas manifestaciones, jamás tributadas a ningún mortal.

Pero como nada es duradero en este pícaro mundo, me desperté ya muy adelantado el día, para convencerme con pena de que había estado soñando; que no era más que un pobre médico con una familia cariñosa que le cuidaba, y con muy buenos amigos que fumaban y tomaban jerez en la habitación inmediata, pero sin gloria, sin nombre, sin estatua, sin nada al fin.

Me encontraba en mi estado fisiológico, había recobrado la movilidad de mis miembros, y mi cabeza se encontraba del todo

despejada, hasta recordar los más insignificantes detalles del día anterior; mi conversación con los microbios, mi traída a casa, mis protestas y las escenas a que daban lugar, todo en una palabra, hasta los gestos que hacían mis colegas al considerarme evidentemente loco.

Quise levantarme, y se opusieron; pero a fuerza de maña y de razones, les hice comprender, con alguna dificultad, que yo estaba en mi cabal juicio, que me encontraba felizmente por



completo sano y bueno. Por supuesto que tuve muy buen cuidado de no decir esta boca es mía respecto a lo de los microbios; me tranquilicé cuando mi amigo el doctor Susini me dijo que la placa se había puesto en la heladera, y como yo quería sorprenderle después con la revelación del secreto, no le dije una palabra del descubrimiento.

Me levanté de la cama en medio del asombro de todos, me ordenaron que no saliera, que tomase poco alimento, que no cometiera la locura de leer ni escribir, sobre todo el escribir, sabiendo mi propensión grafomaniaca; a todo accedí hasta que a las dos de la tarde, sin decir agua va, salgo de casa, tomo el *tranway* y me planto en el laboratorio, donde caí como una bomba.

Decir la inmensa alegría que yo sentí al encontrar la placa en la heladera es vana tarea; como el avaro que después de atesorar grandes caudales a fuerza de privaciones, creyendo perdido su tesoro, lo encontrase intacto en el fondo de un oscuro armario y se lanzase sobre él, y le apretara sobre su pecho, así de esta manera me precipité yo sobre la placa de gelatina, la abrí, y quedé descorazonado al contemplar que estaba liquidada; el *substratum* había formado un revoltijo de colonias, una mezcolanza de microorganismos que estarían trabando una desigual y descomunal batalla.

La puse encima de la mesa y llamé al tífico, escuché y no oía nada; volví a llamar y nadie respondía; insistí muchas veces más y el mismo silencio, llamé al Coli Comunis, y volví a llamar, y me cansé inútilmente, sin obtener respuesta; me acordé del lanzón que les había causado tanto espanto y hecho hablar, es decir, de la aguja de platino; la calenté al blanco y la acerqué a la placa, nada; los microbios no se daban por entendidos: estuve más de una hora en esta tarea, sin conseguir lo que buscaba.

—Si habrán sido destruidos —pensaba yo— o si estarán en el campo de batalla, y con el ruido de la fusilería no oirán tocar el timbre, como quien dice.

Presuroso recurrí a practicar unos cultivos en placas con el *substratum*, para así obtener otra vez las colonias y explotar el rico filón que había descubierto, pesaroso sin embargo del percalce que venía a retrasar el logro de mis deseos.

No comuniqué a nadie mi secreto ni mi contrariedad, volví a mi casa, donde se me reprochó la salida, me metí en la cama malhumorado, y no pude dormir en toda la noche, pensando en la placa, y recordando que yo había prometido solemnemente al tífico y al Coli Communis cultivarlos en gelatina antes de que fueran atacados por aquella maldita colonia liquidante, y como no lo hice, bien a pesar mío, temí mucho que por esta razón cortasen toda clase de relaciones conmigo.

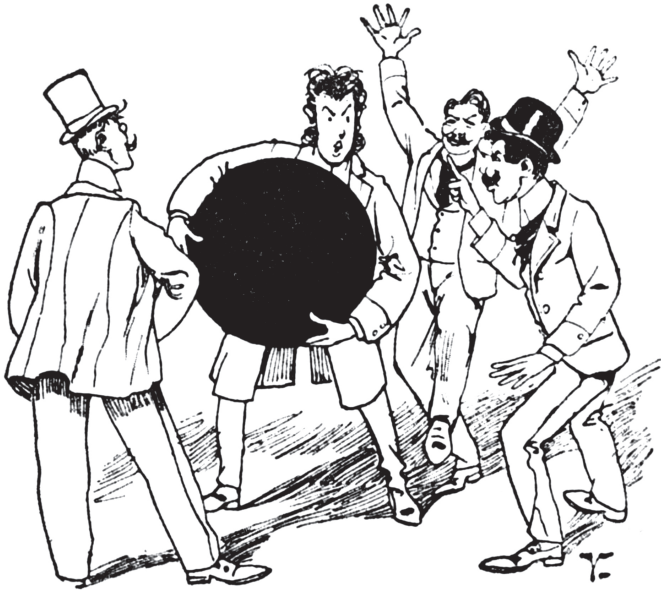
Al siguiente día apenas si se iniciaban las colonias, y sin distinguirlas, llamé hasta desgastarme, pero inútilmente: pasadas otras veinticuatro horas volví con el mismo empeño y obtuve idéntico resultado, hasta que al cuarto día encontré colonias tíficas o del Coli Communis, y llamé en todos los tonos sin que nadie me contestara; saqué el Cristo, como los frailes misioneros para hacer llorar a las viejas beatas, es decir, mi aguja de platino, y tampoco conseguí hacerlos hablar.

Mi desesperación no tenía límites, maldecía mi suerte, y maldecía al sereno de la Asistencia Pública, que era el causante de todo, y me encontraba sin saber qué procedimiento inventar para hacer hablar a los microbios.

Hice placas y más placas, me cansé de practicar cultivos, que era como tenerlos a banquete corrido, me aburrí de llamar en todos los tubos y frascos, y después de una tarea de dos meses consecutivos, me convencí por último de que los microbios no querían *saber nada conmigo*.

Pensé comunicar el secreto, pero tuve miedo de que me creyeran loco, y con los anteriores antecedentes me tratasen como a tal; me fue forzoso callar, y he callado hasta ahora, que por fin hago público mi secreto en descargo de mi conciencia, y para que así se expliquen satisfactoriamente la escena del laboratorio.

Yo sé que la mayor parte de mis benévolos lectores van a tenerme por un embustero vulgar, y que no aceptarán jamás la propiedad parlante de los microbios, pero a trueque de todo cuanto puedan decir, hago públicas las *Inverosimilitudes o narraciones microbianas*, y cumpla con esto el compromiso que contraje con el erudito director de *La Ilustración Sud-Americana*.



FIN







## COLECCIÓN LOS RAROS

Obras publicadas

**1.**

*Idioma nacional de los argentinos*

Lucien Abeille

Estudio preliminar de Gerardo Oviedo

**2.**

*¿Qué es esto? Catilinaria*

Ezequiel Martínez Estrada

Estudio preliminar de Fernando Alfón

**3.**

*El tempe argentino*

Marcos Sastre

Estudio preliminar de Carlos Bernatek

**4.**

*Vida de muertos*

Ignacio B. Anzoátegui

Estudio preliminar de Christian Ferrer

**5.**

*Vivos, tilingos y locos lindos*

Francisco Grandmontagne

Estudio preliminar de  
Alberto Mario Perrone

**6.**

*Prometeo & Cía*

Eduardo Wilde

Estudio preliminar de Guillermo Korn

**7.**

*Del Plata al Niágara*

Paul Groussac

Estudio preliminar de Hebe Clementi

**8.**

*Viaje maravilloso del Sr. Nic Nac  
al planeta Marte*

Eduardo Holmberg

Estudio preliminar de  
Pablo Crash Solomonoff

**9.**

*Hacia la vida intensa*

Julio Molina y Vedia

Estudio preliminar de María Pia López

**10.**

*A rienda suelta*

Last Reason

Estudio preliminar de  
Gabriela García Cedro

**11.**

*Las tentaciones de Don Antonio*

Enrique Méndez Calzada

Estudio preliminar de Liliana Guaragno

**12.**

*La familia del Comendador*

y otros textos

Juana Manso

Estudio preliminar de Lidia Lewkowicz

**13.**

*Pablo o la vida en las pampas*

Eduarda Mansilla

Estudio preliminar de  
María Gabriela Mizraje

**14.**

*Las descentradas y otras piezas  
teatrales*

Salvadora Medina Onrubia

Estudio preliminar de Josefina Delgado

**15.**

*Los gauchos judíos*

*El hombre que habló en la Sorbona*

Alberto Gerchunoff

Estudio preliminar de Perla Sneh

**16.**

*Teatro, sainete y farsa*

Raúl González Tuñón, Nicolás Olivari,

Florencio Parravicini, Pedro E. Pico y

Alberto Vacarezza

Estudio preliminar de Bernardo Carey

**17.**

*El petróleo*

Jorge Newbery y Justino C. Thierry

Estudio preliminar de

Fernando "Pino" Solanas y Félix Herrero

- 18.**  
*Historia funambulesca del profesor Landormy*  
Arturo Cancela  
Estudio preliminar de Darío Capelli
- 19.**  
*Crónicas del Centenario*  
Juan José de Soiza Reilly  
Estudio preliminar y selección de textos por Vanina Escales
- 20.**  
*El patrimonio lingüístico extranjero en el español del Río de la Plata*  
Rudolf Grossmann  
Estudio preliminar de Fernando Alfón  
Traducción de Juan Ennis
- 21.**  
*Filosofía del ajedrez*  
Ezequiel Martínez Estrada  
Estudio preliminar de Teresa Alfieri
- 22.**  
*Mi fe es el hombre*  
María Rosa Oliver  
Estudio preliminar de Álvaro Fernández Bravo
- 23.**  
*Antología (1835-1910)*  
Germán Avé-Lallemant  
Estudios preliminares de Víctor García Costa y Roberto Ferrari
- 24.**  
*Antología*  
Nicolás Olivari  
Estudio preliminar de Jorge Quiroga
- 25.**  
*La Pampa habla*  
Luis Franco  
Estudio preliminar de Daniel Campione
- 26.**  
*Relatos completos*  
Gerardo Pisarello  
Estudio preliminar de Cristina Iglesia
- 27.**  
*Un enigma literario: el Don Quijote de Avellaneda*  
Paul Groussac  
Traducción de Patricia Giordana  
Estudio preliminar de Fernando Alfón
- 28.**  
*Temas existenciales*  
Homero M. Guglielmini  
Estudio preliminar Gerardo Oviedo
- 29.**  
*El último reportaje de John Reed*  
Dardo Cúneo  
Estudio preliminar de Susana Cella  
Epílogo de Horacio González
- 30.**  
*Burla, credo, culpa en la creación anónima*  
Bernardo Canal Feijóo  
Estudio preliminar de Ricardo Abduca
- 31.**  
*Dogma de obediencia*  
Leopoldo Lugones  
Estudio preliminar de María Pia López y Cecilia Larsen
- 32.**  
*Crónicas del bulevar*  
Manuel Ugarte  
Estudio preliminar de Claudio Maíz y Marcos Olalla
- 33.**  
*La Argentina que yo he visto*  
Manuel Gil de Oto  
Estudio preliminar de Guillermo Korn
- 34.**  
*El salar*  
Fausto Burgos  
Estudio preliminar de Cecilia Romana
- 35.**  
*El enigma argentino*  
Félix Weil  
Estudio preliminar y traducción de Daniel Scarfó

- 36.**  
*Crónicas, folletines y otros escritos (1879-1884)*  
Benigno B. Lugones  
Estudio preliminar de Diego Galeano
- 37.**  
*Literatura popular inmigratoria*  
Anónimo  
Estudios preliminares de  
Ángela Di Tullio e Ilaria Magnani
- 38.**  
*La mala vida en Buenos Aires*  
Eusebio Gómez  
Estudio preliminar de Eugenio Zaffaroni
- 39.**  
*Lugones*  
Leonardo Castellani  
Estudio preliminar de Diego Bentivegna
- 40.**  
*Policiales por encargo*  
Pedro Pago (David Viñas)  
Estudio preliminar de Marcos Zangrandi
- 41.**  
*Historia de Roca*  
Leopoldo Lugones  
Edición crítico-genética y estudio preliminar de Juan Pablo Canala
- 42.**  
*Cárcel de mujeres*  
Angélica Mendoza  
Estudio preliminar de Luz Azcona
- 43.**  
*Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*  
José María Ramos Mejía  
Estudio preliminar de Horacio González
- 44.**  
*La Bolsa*  
Julián Martel  
Edición crítica y estudio preliminar de Alejandra Laera
- 45.**  
*Larvas*  
Elías Castelnuovo  
Estudio preliminar de  
Adriana Rodríguez Pérsico
- 46.**  
*El hombre de la vaca*  
Omar Viñole  
Prólogo de Osvaldo Baigorria
- 47.**  
*Borderland*  
Atilio Chiappori  
Estudio preliminar de  
Soledad Quereilhac
- 48.**  
*La mañana del 10 de enero*  
Jorge Vilela  
Estudio preliminar de  
Marcela Domine y Emilio Bernini
- 49.**  
*Impresiones de mi viaje a Argentina*  
Dr. C. Barón von der Goltz  
Introducción, traducción y notas de Eduardo J. Vior
- 50.**  
*Teatro inédito*  
Juan Rodolfo Wilcock  
Estudio preliminar de Carina González
- 51.**  
*Coronados de gloria*  
Bernardo Canal Feijóo  
Edición crítica y estudio preliminar de Ricardo Abduca
- 52.**  
*Obra y muerte*  
Carlos Ortiz  
Estudio preliminar de Hernán Ronsino
- 53.**  
*Inverosimilitudes bacteriológicas o Revelaciones microbianas*  
Silverio Domínguez  
Estudio preliminar de Michel Nieva

En 1894 Silverio Domínguez, médico español radicado en Buenos Aires, publicó *Inverosimilitudes bacteriológicas o Revelaciones microbianas*, la primera de una trilogía de novelas. El texto narra la historia de un científico que emprende en su laboratorio la búsqueda de la “causa del delito” que produce la fiebre tifoidea y el cólera. Mientras rastrea las muestras con su microscopio, descubre que no solo ve las bacterias, sino que además puede escucharlas, y es así como se encuentra con un bacilo *coli communis*. El microorganismo reconstruye sus largas travesías, en un circuito creciente e interminable que sirve tanto de alerta a los métodos de higiene personal como de denuncia de las falencias y contaminaciones en el sistema cloacal y la red de agua potable de Buenos Aires. A más de cien años de su publicación, esta trilogía ha sido olvidada al punto de que hoy en día es prácticamente inconseguible en catálogos públicos. La injusticia de este olvido asombra por el carácter profundamente innovador de esta novela, ya que no hay antecedente en ninguna otra literatura del mundo de una obra que ficcionalice los saberes higienistas e inmunológicos sobre las bacterias, y que acaso le merezca a Domínguez el título de creador, en retrospectiva, de la *ciencia ficción bacteriológica*.

ISBN 978-987-728-141-5



9 789877 281415

